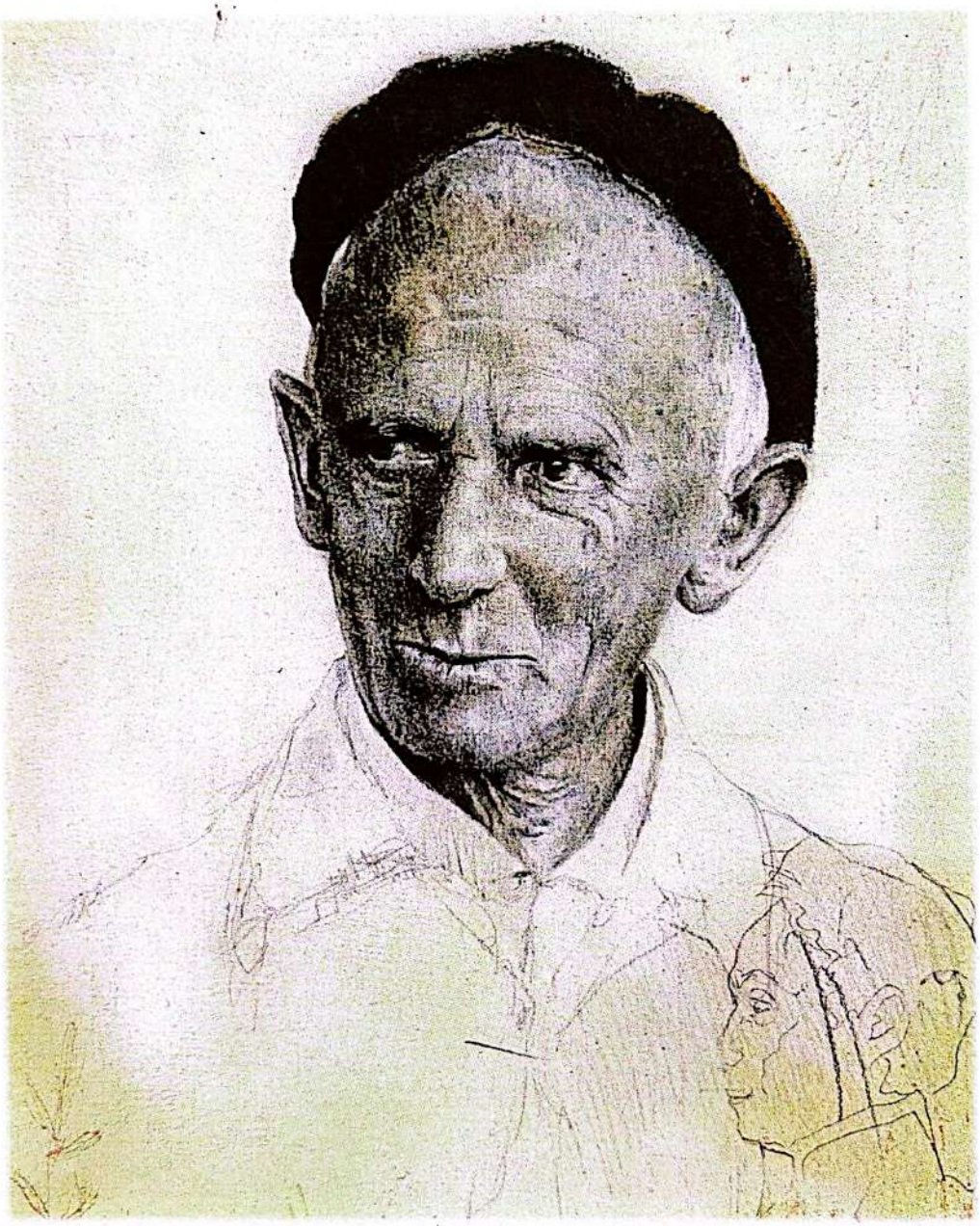
ISSN 0120-0216

aleph



julio/septiembre 2013, año XLVII

No. 166

ISSN 0120-0216
Resolución No. 00781 Mingobierno

Carátula:
Dibujo/retrato en homenaje a Fernando González.
Autor: Daniel Gómez-Henao.

Consejo Editorial

Luciano Mora-Osejo
Valentina Marulanda (ϰ)
Heriberto Santacruz-Ibarra
Lia Master
Jorge-Eduardo Hurtado G.
Marta-Cecilia Betancur G.
Carlos-Alberto Ospina H.
Carlos-Enrique Ruiz

Director
Carlos-Enrique Ruiz

Tel-Fax: +57.6.8864085
http://www.revistaaleph.com.co
E-mail: aleph@une.net.co
Carrera 17 N° 71-87
Manizales, Colombia, S.A.

Impresión: Jerónimo y Gregorio Matijasevic,
Arte Nuevo, Manizales, Col.

Diagramación: Andrea Betancourt G.

julio/septiembre 2013

aleph

Año XLVII

CONSULADO DE COLOMBIA
BILBAO (ESPAÑA)

Julio 8 de 1.955——

Señor doctor
don Carlos Mario Londoño——
Bogotá.

Querido doctor: Está hermosísimo el verano en este norte de España: en el sur (Sevilla, Granada, Málaga, etc.) hay 45 grados y la gente duerme en la calle, mientras que en este norte, Guipúzcoa, Vizcaya, Santander, Asturias y Galicia, todo es tibio, cielo azul, manchas entreveradas de sol dorado ~~xxxxx~~ en las arboledas, en fin, belleza que angustia.... Y mucha gente venida de otras partes, buscando la felicidad, que creen coger ya y se les escapa. Pero lo abismático es ~~xxxxx~~ Lourdes... Jamás volveré... No quiero contemplar las caras de los niños paralíticos que vuelven de la inmersión y de la oración y de la última esperanza... Dios es el Señor único y la angustia del hombre, creatura alejada de él, es tambien única. Ante estos dos infinitos, Dios y la angustia humana, todo es falto de gravedad, palabrería huera.

Le remito los últimos discursos de los jefes españoles, pues me parece interesante saber por dónde van y qué esperan.

Ya sé qué amo y qué busco y qué me interesa: la angustia. Buscar la angustia en esa apariencia que llaman alegría, fiesta, viaje, paseo, entretenimiento, amor, trabajo, etc. Si uno lava todo eso y lo deja precipitar en el recipiente, pues sólo hay desesperación por la soledad absoluta en que vivimos. El hombre está realmente solo ante el infinito escondido, y todo lo que hace, piensa e imagina es para huir de ese tête-a- tête con un creador que no se ve, ni se oye, ni se huele, ni se toca, pero que está ~~xx~~ ahí y en todas partes y siempre, y siempre problemático.

Recibí una carta acerca del entierro del cadáver de mi madre, en que me dicen que"hubo muchas flores y gente". Ese complejo escondido tras esa frase revela la huida de la angustia, y luego, los ojos de abismo de dolor y de interrogación desilusionada de los niños paralíticos que vuelven arrastrados en sus cochecillos de la inmersión en el agua del milagro.... Qué me importa ya nada que no sea el valor ante mi Dios escondido? No me taparé con hoja alguna: ni patriotismo, ni trabajo constante, ni caridad social.. , pues he visto que mi vocación es lo otro.

Estoy, pues, muy contento, aquí sentado sobre mi persona, sin atender a vagos deseos de soñadas felicidades ilusorias, listo a recibir lo que sea mío y a sobreponerme a todo. Lo único que tengo ya es deseo de verlo a usted, a doña Anita y los niños, lo mismo que a mis nietos. El resto me es igual: una multitud de gente en la patria angustia. Me parece que en este sentido no es mala la frase de que el hombre no tiene patria, que es un expatriado siempre.

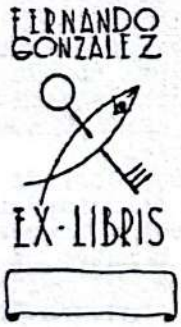
Reciba el grande sentimiento de íntima amistad que me une a usted, amistad por encima de todo lo pasajero.

Fernando González

Presentación

Maria-Dolores Jaramillo

Sobre Fernando González hay muchas páginas luminosas escritas por amigos, escritores, discípulos, y críticos. Un lugar principal han tenido algunos nadaístas en la amorosa reconstrucción de los recuerdos de su amistad y en la continuidad de la memoria de Fernando González. Gonzalo Arango elogió su autenticidad, las enseñanzas recibidas en la búsqueda de sí mismo, las lúcidas reflexiones mientras caminaba, el esfuerzo por desarmar las mentiras de su tiempo, y el orgullo que sentía frente a lo latinoamericano. Eduardo Escobar ha destacado la honradez y el coraje intelectual, la originalidad y vigencia de su pensamiento, la claridad y el humor de su escritura, y su honda y reflexiva interioridad... Entre otros escritores, Alberto Aguirre explicó los múltiples valores de su prosa, su transparencia y precisión, admiró su amor por la vida y sus importantes valores personales, ignorados y negados en su tiempo, y William Ospina señaló su condición de poeta, soñador, y místico.



Fernando González fue un hombre de lectura y de pensamiento original e independiente. Se destacó su vocación

natural de maestro de escuela, su sencillez y humildad. No buscó honores, ni medallas, ni reconocimientos. Se distanció de ricos y poderosos. No aprendió a hacer zalemas ni a decir mentiras convenientes. Cuestionó las maquinaciones y trampas de la política. Se distinguió por la aguda observación, y singular capacidad analítica y argumental. Fue un hombre reflexivo y sincero, dedicado a la escritura de sí mismo, y a desnudar valerosamente sus ambivalencias y contradicciones.

La revista Aleph con este monográfico le rinde un merecido homenaje a su vida ejemplar, al vigor e individualidad de su pensamiento, y a las amplias y certeras calidades literarias de su obra. La entrevista de Fernando González realizada por El Relator en 1936 presenta aspectos poco conocidos. Eduardo Escobar recorre algunas vivencias, anhelos y pasos del escritor a través de la intimidad de su memoria, y nos recuerda con sincero afecto y gratitud a uno de los más grandes escritores colombianos del siglo XX, a un escritor imprescindible, dirá, y su influencia y amistad con los nadaístas. La semblanza de Fernando González por Gonzalo Arango ilumina una bella manera de ser y de decir y descubre una presencia vital, que sirvió de estímulo fundamental a la generación nadaísta. Entre las memorias de Baldomero Sanín Cano y las de Gonzalo Arango se contrastan dos generaciones y dos maneras de mirar a Fernando González.

Dentro de los colaboradores más recientes, Nicolás Duque propone a F. González como antifilósofo, cuestionador de la filosofía sistemática, de respuestas definitivas. Pedro Rojas habla del caminar de F. G., y su experiencia en la búsqueda de un camino propio. Jhon-Henry Orozco reflexiona entorno al tema del fracaso, y Luis-Javier Villegas ofrece un bello recorrido biográfico y literario que ayuda a contextualizar la vida y la escritura del escritor envigadeño.

Horacio Longas 1932

Fernando González, un pensador en contravía

Luis-Javier Villegas B.

Fernando González, nacido en Envigado en 1895, inició sus estudios cuando apenas concluia la larga y sangrienta guerra de los mil días, que cerró el lamentable ciclo de guerras civiles durante el siglo diecinueve. Antioquia salía victoriosa de esa contienda pues había sido baluarte del partido gobernante, el triunfador. Con entusiasmo varios comerciantes y empresarios se lanzaron a fundar industrias en Medellín y municipios vecinos, aprovechando tanto los recursos monetarios acumulados en la exportación de oro y café como la mano de obra capacitada, primordialmente en instituciones como la Escuela de Minas o la Escuela de Artes y Oficios, y en menor medida en establecimientos fabriles existentes desde el siglo precedente. La antigua villa avanzaba lentamente en el paso de aldea a ciudad, al disponer de energía eléctrica, para el alumbrado público y privado y en menor escala para la industria naciente, planta de teléfonos y los primeros automóviles; pronto vería ampliar y modernizar las redes de acueducto y tender los rieles para el tranvía.

El joven alumno tuvo su primer choque con esa sociedad cuando estaba por concluir sus estudios secundarios en el colegio San Ignacio, dirigido por los jesuitas. En efecto, en el curso de filosofía se enfrentó a su profesor, un sacerdote que le exigía admitir el llamado primer principio de la filosofía escolástica tradicional: "si quiere niegue a Dios, le decía, pero tiene que admitir el primer principio". El joven Fernando, que ya había iniciado lecturas de autores como Nietzsche y Schopenhauer, no autorizados en el colegio, optó por retirarse antes que ceder ante una autoridad que como único argumento reafirmaba una tradición ya superada.

Comenzó entonces su carrera de escritor y pensador independiente. Concluyó por su cuenta el bachillerato e ingresó a la Universidad de Antioquia para realizar sus estudios de derecho. De estos años datan sus obras El payaso interior (editada por primera vez en 2005 por la editorial de la Universidad Eafit en su colección Rescates), Una tesis (su trabajo de grado, al que el autor había puesto por título El derecho a no obedecer, pero debió modificarlo por exigencias del jurado, temeroso de las reacciones previsibles del clero y los sectores tradicionales de ambos partidos) y Pensamientos de un viejo. Este fue prologado por el ya veterano periodista don Fidel Cano, él mismo víctima, al igual que su periódico El Espectador, de múltiples cierres y hostigamientos, y quien veía en ese joven escritor una mente abierta, crítica e incisiva, y al cual, en compañía de otros jóvenes rebeldes reunidos en al grupo de Los Panidas, había abierto las páginas de su periódico.

Una vez graduado de abogado se enfrentó Fernando González a la necesidad de conseguir empleo. Ejerció como juez en diferentes lugares y contrajo matrimonio con doña Margarita Restrepo, hija del doctor Carlos E. Restrepo quien había sido presidente de la República entre 1910 y 1914. Vino entonces una época de poca producción literaria, embebido en las labores de levantar una familia. Con todo su espíritu crítico y rebelde contra una sociedad tradicionalista no se extinguió, como lo refleja la simpática anécdota del fallo a una demanda acerca de una herencia dejada al Niño Jesús de Praga y a las Ánimas del Purgatorio, en la que pidió que al primero se le entregara cuando llegara a la mayoría de edad y a éstas les pidió que acreditaran su personería jurídica.

Trascurrido casi un decenio de ejercicio profesional, emprendió con su amigo don Benjamín Correa, secretario del juzgado en que entonces despa-

chaba en Medellín, un recorrido por el sur del Antioquia y por Caldas. En su obra *Viaje a pie* recoge las vivencias y reflexiones que los dos "filósofos aficionados", como dice, realizaron en ese recorrido por la ruta de los viejos colonizadores, desde Medellín hasta Manizales. Grande fue el impacto de esa obra, leída con entusiasmo por la intelectualidad antioqueña. Don Tomás Carrasquilla, ya anciano y consagrado, lo felicitó por su fuerza narrativa y le sugirió, en vano, que suprimiera de sus obras expresiones vulgares para que pudiera ser leído por las jóvenes.

En los años siguientes Fernando González se entregó con frenesí a la escritura, en sus libretas que él llamaba de carnicero, en las que iba anotando lo que veía, oía y pensaba, para luego en la soledad de su estudio redactar. Así fueron surgiendo *Mi Simón Bolívar*, obra con la que quiso ensalzar al Libertador en el centenario de su muerte. Allí elabora conceptos ya planteados desde sus obras juveniles y en *Viaje a pie*, como el de egoencia y su contrario, el complejo de ilegitimidad. Fue esa la primera de las tres obras biográficas que escribió, con una perspectiva muy propia de lo que era ese género histórico. Si bien se documentaba con cuidado, llegando al caso de retirarse por largos meses de su familia y de toda ocupación para entregarse a la escritura, su interés no era pintar al personaje como había sido o como los documentos lo reflejaban, forma dominante de la biografía tradicional de los académicos de quienes hacía mofa por su erudición aséptica, sino mostrar el personaje que él se figuraba. La presunta objetividad lo tenía sin cuidado; sus biografías eran subjetivas al máximo. Así lo dice el posesivo "mi" antepuesto a Bolívar a al compadre Juan Vicente Gómez. La tercera obra biográfica, *Santander*, es la antítesis de la dedicada a Bolívar. La escribió diez años después, con motivo del centenario de la muerte del *Hombre de las leyes*, para minimizar a este héroe nacional, a quien describe como hipócrita y mezquino. Si su obra sobre el dictador Juan Vicente Gómez le había ganado numerosas antipatías entre la intelectualidad del país, y especialmente de la prensa bogotana, la tasa se llenó con esa diatriba furibunda contra Santander, en pleno gobierno liberal de Eduardo Santos.

Durante los años treinta publicó obras como *Don Mirócletes*, burla despiadada a la avaricia y cicatería de los ricos empresarios medellinenses y a la sociedad dominada por el clero y la hipocresía; *Los Negroides*, pequeño pero denso libro en el que criticó el complejo de ilegitimidad del pueblo colombiano y en especial de sus dirigentes por su afán de imitar a los ex-

tranjeros, a la vez que fustigó a los gobernantes liberales, Olaya especialmente, por vendepatrias, dada la entrega del petróleo y recursos minerales a las compañías norteamericanas; *Cartas a Estanislao*, reflexiones sobre temas varios, como política, literatura y filosofía, dirigidas a su amigo Estanislao Zuleta, cuyo hijo homónimo sería a su vez un pensador destacado y alejado de los caminos trillados; *El Remordimiento*, que denominó tratado de teología moral, y El Hermafrodita Dormido, que recogió sus conceptos sobre arte. Las dos últimas obras son fruto de su estadía como cónsul en Génova, primero, y luego en Marsella, a donde fue trasladado por sus opiniones adversas al gobierno de Mussolini. Cabe anotar que estos cargos le habían sido otorgados por el gobierno liberal debido a la influencia de su suegro, quien, a pesar de militar en el conservatismo, ocupaba el cargo de ministro de gobierno del gobierno del liberal Enrique Olaya Herrera.

Su afán por criticar la manera de ser y de pensar de sus compatriotas lo llevó a fundar la *Revista Antioquia*, que él escribía por completo, editaba y distribuía. Fueron en total 17 números, entre 1936 y 1945. Allí aparecieron, al lado de columnas sobre temas de actualidad política, relatos más largos, algunos de los cuales después de su muerte aparecieron como libros: *Salomé*, sobre el amor y la primavera, o *Don Benjamín jesuita predicador*, o *Poncio Pilatos envigadeño*, sobre la semana santa en su pueblo natal, muestran al hábil narrador y agudo observador. La revista fue perdiendo lectores y su aparición se iba espaciando cada vez más, pues las críticas duras a los dirigentes políticos, eclesiásticos, económicos y a todo el que tenía figuración le fueron cerrando las puertas para su financiación y las suscripciones a su vez fueron desapareciendo.

Así Fernando González se fue sumiendo en la soledad y el resentimiento. Fruto de esa amarga época fue uno de sus libros más duros de crítica social y política, el *Maestro de Escuela*, grito desgarrado de un luchador que se declara derrotado y sometido al ostracismo por su rebeldía, y que, en su desespero, pues hasta el sustento para su familia le es negado, dijo –lo que por supuesto no cumplió- que abjuraría de su rebeldía y acataría toda autoridad. El efecto real fue su silencio por más de quince años, luego de un decenio de febril producción literaria. Esa obra se la dedicó a Thornton Wilder, quien admiraba la escritura de Fernando González. Años más tarde el escritor norteamericano encabezó un grupo de intelectuales que postuló a González para el premio Nobel de Literatura. Nuestros académicos de la

lengua, entidad que entonces presidía el jesuita antioqueño Félix Restrepo, al igual que otros intelectuales, se negaron a respaldar la postulación.

Se refugió entonces en *Otraparte*, su casa campestre en las afueras de Envigado, donde se ocupó en el cultivo de sus árboles, el ordeño de una vaca, y caminatas por los senderos vecinos. En compañía de su esposa, a quien en sus libros llamara Berenguela, fue envejeciendo en la soledad impuesta y al cabo amada.

Ya en sus últimos años rompió su silencio y a instancias de algunos jóvenes lectores dio a la imprenta dos obras: *El libro de los viajes o de las presencias*, y *La tragicomedia del padre Elías y Martina la velera*, obras estas de gran contenido espiritual y de reflexión interior, que culminaban esa búsqueda de la Intimidad, iniciada casi cincuenta años atrás en sus *Pensamientos de un viejo*. La acogida de ellas no fue la que sus amigos esperaban; de nuevo cayeron críticas sobre él, pues a sus tradicionales contradictores se unían ahora quienes desde una perspectiva entonces extendida en sectores universitarios le reprochaban el haber desperdiciado en temas intimistas su talento y habilidad como narrador, en vez de abordar los graves problemas sociales y políticos del país, en especial el de la Violencia.

Sus últimos años, hasta su deceso en 1964, los pasó en su retiro, con la amistad de un monje benedictino, el padre Ripol, residente en una abadía cercana a su finca y con quien sostuvo una intensa correspondencia, con grandes efusiones espirituales, que por fortuna su destinatario conservó y publicó luego bajo el título *Las cartas de Ripol*.

Dejó Fernando González un amplio legado literario, mensaje que él reconocía no era para los lectores de su tiempo, pues decía ser, como su admirado Sócrates, un tábano que fustigaba a cuantos se creían dueños y señores de la sociedad y del saber. Pero aspiraba a que los jóvenes y los por venir encontrarían en su lectura un acicate para llenarse de egoencia y vivir una existencia auténtica.

Fue Fernando González se puso como tarea desenmascarar hipócritas y demoler pedestales. Ello lo llevó a vivir a la enemiga, lo que le implicó convertirse en un solitario, pues sus burlas y críticas no eran del agrado de los poderosos y herían el amor propio de los vanidosos. Su único compromiso era con lo que él consideraba la verdad y la autoexpresión.

Viaje a pie de Fernando González

Baldomero Sanín-Cano

El curioso lector habrá notado que la mayor parte de las obras literarias universalmente difundidas y admiradas son descripciones de viajes reales o ficticios. *La Odisea*, la *Divina Comedia*, el *Quijote*, los *Viajes de Gulliver*, *Erewhon*, son a manera de capas geológicas en el corte de una civilización, desde sus primeros fundamentos hasta su culminación o decadencia, según queramos verla. El mundo griego antiguo se caracterizó ante la posteridad con un libro de viajes. El itinerario de Dante en el otro mundo guarda el pensamiento de la Edad Media como en un estuche de cristal y oro. Viajando por España, el caballero de la triste figura pone delante de nosotros la imagen de la conciencia humana en la imagen, para España, calamitosa época de la contrarreforma. Los *Viajes de Gulliver* son la interesante y apasionada visión de la política inglesa en el siglo XVIII y Erewhon, esa obra genial, profética, de un filósofo naturalista, anunció en forma humorística la gran transformación por que va pasando en este momento la civilización occidental al impulso de las máquinas. No siendo la historia mera narración de sucesos, ni la biografía

FERNANDO GONZALEZ
EX-LIBRIS

el catálogo de las acciones humanas, sino una y otra la ecuación de la curva trazada por las ideas y las formas a lo largo y a lo ancho de los tiempos, se puede escribir la vida del género humano haciendo el análisis literario y filosófico de unos cuantos libros de viajes.

Sería curioso averiguar por qué han escogido los grandes genios de la humanidad el libro de viajes para cifrar su noción de la vida. Acaso tenga esta duradera tendencia su origen en el hecho de que el hombre es inmueble por ley de la naturaleza, sedentario, enemigo del cambio y tenazmente apegado a sus ideas. Desea moverse, conocer otros mundos, pero el pasaje natal lo fija al suelo con energías telúricas desconocidas. Dejar de contemplar las colinas familiares, la pampa ligada a los recuerdos de las generaciones presentes, es para el hombre, un género de amputación. Cuando desaparece el paisaje cotidiano, siente como si hubiera perdido una parte de su ser. La melancolía es inevitable en el viajero que se asoma a ver el poniente desde la posada solitaria, en la cumbre de las cordilleras, o al través de las ventanas del vagón ferroviario, el día que abandona por primera vez el lugar nativo. Pero con estar tan arraigado al suelo por los lazos del cuerpo y del sentimiento, el hombre se vale de la imaginación para libertarse de esas cadenas, porque teme el cambio, pero quisiera experimentarlo. El hombre escribe libros de viajes para libertarse de la atracción terrestre. Extravagancia, dirá alguno, es sostener que en la época de los grandes trasatlánticos provistos de piscinas, canchas de lawn-tennis, teatros, cines y casas de tolerancia; en el siglo de los vagones con camas y de los carros restaurantes copiosamente surtidos en las ferrovías de trocha más amplia, el hombre sea un animal inmueble. Pero esas mismas comodidades lo están probando. El buque de treinta mil toneladas y el vagón de lujo en los ferrocarriles no son sino un esfuerzo para crearle al pasajero la ilusión de que no se mueve y está en su casa.

El hombre es inmueble, pero alimenta desde niño una hambre desordenada de viajar, especialmente si es antioqueño. Si le vence el anhelo se escapa del solar provinciano, con el corazón en un puño; si no logra romper las cadenas sentimentales que le tienen adherido al terruño, satisface sus instintos de nómade imaginando viajes. Unos los escriben y se atreven a publicarlos. A esta persistencia en el propósito y al anhelo estrictamente antioqueño de moverse aún sin cambiar de lugar y de paisaje debemos este

libro curioso, original, temerario y grandemente entretenido del señor Fernando González, nombre que algunos tomaron por seudónimo, pero que consta en el registro civil de Colombia, como yerno de un ex presidente.

Viaje a pie resulta ser un libro escandaloso, a todas luces imaginado para mover escándalo. No el escándalo entre los impúberes de que habla el Evangelio, sino entre los hombres barbudos, las devotas con o sin bigotes y los profesores de filosofía. Es un escándalo para los que oyen en el confesionario los pecados de la gente crédula, no para ésta que nunca sabrá tesaurizar la innumerable cantidad de pensamientos contenida en 270 páginas mal contadas de este gracioso y sedicioso volumen. Cuando se dice que el autor tuvo en su ánimo suscitar el escándalo con esta publicación no hay voluntad de censura. Por el contrario los grandes libros se han escrito siempre con esa premeditada intención. Mover escándalo por el contenido o por la forma ha sido objeto de muchas obras inmortales. Los diálogos de Platón estaban encaminados a escandalizar a Atenas: "Estudiad", parecían decirles a la judiciatura, a los moralistas de reata, a los gobernantes y a los charlatanes, "estudiad en estos papiros el carácter nobilísimo, la inteligencia sin fronteras, la bondad suma que habéis destruido porque no supisteis comprenderla". Con la forma quisieron crear escándalo Víctor Hugo hace un siglo, Verlaine hace cincuenta años y Rubén Darío en época más reciente. Y lo crearon. Por eso duran todavía las obras del uno y de los otros. Es *Viaje a pie* a más de lo dicho, un libro valentísimo. Para escribir este libro y darlo a la circulación en el departamento más devoto de la república, hace falta mucho valor.

Antes de pasar adelante ocurre deliberar acerca de un incidente curioso en la historia crítica de esta obra. La primera noticia que de él tuvimos procedía de Max Grillo, fino cultor de las letras, excursionista tan apasionado como inteligente al través de las ideas literarias y de las variadas formas del arte. Grillo es además un poeta delicado que sume en presencia de la vida actitudes de temor y de éxtasis. Otros le tienen miedo al dolor y a la muerte. De él se ha dicho con algún fundamento que le tiene miedo a la vida. Pavor muy justificado ante esta cosa gris, absurda, inmisericorde, resistente al análisis y a la definición, tempestuosa a veces, estancada y fría a la manera de los monstruos abismales, en otras ocasiones. Leyendo el libro de González en París, la naturaleza delicada y vibrante de Grillo experimentó

una inquietud superior a su temperamento. Pensó que el nombre del autor fuese un ardid de guerra, porque no concebía cómo un ciudadano de esta nación enredadora y monástica pudiera atreverse a mostrar tanta flaqueza en el cuerpo de la patria. ¡Para qué decir, exclamaba, que vendimos a Panamá! Sinembargo, la historia de ese gran delito internacional remató en un contrato misérrimo de compra venta. Las dos partes contratantes quedaron eternamente contaminadas en la celebración de ese pacto. Decirlo es menos malo que haberlo llevado a cabo. Pero en Grillo ejerce la palabra una sugestión tan intensa, vive los períodos gramaticales con tanta fuerza y claridad que naturalmente ese vocablo le causó un doloroso estremecimiento. La noción de la patria es para él inviolable y sagrada. Para nuestra desventura hay, o a lo menos hubo en el país, gentes para quienes esa pulcra noción era objeto de comercio aparentemente legítimo.

El libro de González fue escrito por un patriota que tiene de la colombianidad un concepto libérrimo. Para él nuestro país existe con el objeto de que acerca de él diga cada uno la verdad, su verdad del momento, cualesquiera que sean las circunstancias y sin temor a las consecuencias. De lo cual ha venido a resultar un libro profético. Este hombre valerosísimo se puso a contemplar la fruta por todas partes y de su observación dedujo que estaba no solamente madura sino cerca de la putrefacción y que iba a caerse. La culpa de ese lastimoso estado es la educación del pueblo, la ignorancia privada fundamental, bautizada con el título de educación pública en que han tenido a Colombia durante nueve lustros sus dirigentes políticos y sus directores espirituales. En ese viaje a pie, Fernando González estudió en sí mismo y en las gentes del tránsito la deformación operada en el cuerpo, en el espíritu de los colombianos, en las formas sociales, en las nociones más importantes como el amor, la justicia y el arte, por un sistema aplicado con tenacidad y no sin talento por los directores de la nación colombiana en las dos últimas generaciones.

Se dice que ha habido una transformación. Se espera el comienzo de una nueva vida. Para mostrar la intención de cambiar el rumbo, la primera medida sería poner este libro en mano de los maestros como un agente drástico para sus conciencias débiles y opiladas.

Fernando González ha hecho una cosa muy rara aquí en Colombia; un libro de pensamiento, de pensamiento leal, consecuente, no siempre metó-

dico, aunque en la obra se ensalza con reminiscencias filosóficas y sagradas la excelencia del método. Pululan en *Viaje a pie* las nociones personales más curiosas, algunas de ellas atrevidas, y otras que no quedarían mal clasificadas con el título de trascendentales, sobre el amor, sobre el patriotismo, sobre el hombre gordo y sobre la capacidad educadora de algunas comunidades. El amor es, sin duda la preocupación más tiránica y más urgente del señor González. Si le hubiera tocado clasificar al hombre en zoología no le habría llamado "homo sapiens", porque hay, por cada Immanuel Kant, millones y millones de representantes de la especie, en los cuales predomina el tipo "homo faber libidinosus" de la edad presente. Y como filósofo naturalista don Fernando estudió principalmente esa pasión en sus manifestaciones exteriores. Parece que creyera como H.L. Mencken, el saxoamericano de pluma irreverente, que en tal inclinación no hay nada que no esté en los sentidos como dijo cierta escuela filosófica refiriéndose a las ideas en general. Es un punto acerca del cual las disputas son ocasionadas a la divagación y al predominio de la visión personal. Sin, duda, para Mencken no existe el amor pasión, ni el amor cerebral, ni la inclinación psicología: para él todo es fisiología. Amiel y Shakespeare podrían exponer teorías opuestas con argumentos de gran profundidad y hermosura.

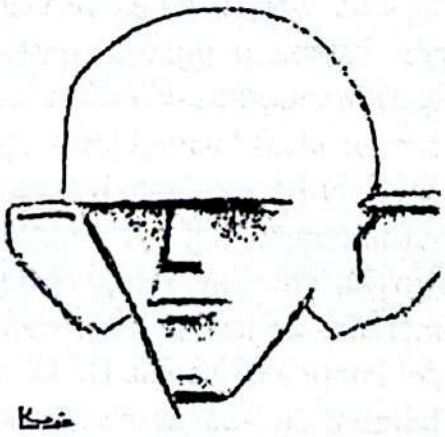
Esto no empecé para afirmar que el autor de *Viaje a pie* tiene una gran facilidad para mover las ideas, trasegarlas y hacer con ellas las más curiosas y atractivas combinaciones. Las ama con una pasión intransigente y suspicaz. Las compara con mujeres honestas y dice de ellas: "esas señoras honestas dejaron de serlo; se entregaron a Esteban Jaramillo ministro de hacienda, se entregaron a un sobrino del padre Marulanda". Me consta que se entregaron al general Ospina, hombre de gusto, muy afecto a ellas. El doctor Jaramillo no ha dado muestras de traficar con ese género. Más bien ha tenido relaciones con las ideas "particulares", por ejemplo, con ésta de que un poseedor de bonos del 10 por ciento los cambiaría a la par por bonos del 8 por ciento; extraordinaria noción que contribuye a aumentar en el exterior la fama de nuestros hacendistas. Tampoco debe ser motivo de intranquilidad para los enamorados de las ideas generales la actividad espiritual del sobrino estadista del Padre Marulanda. De los varios tipos humanos, le creo más cercano al hombre de Neandertal, con sus grandes capacidades adquisitivas que al "homo sapiens" de Linneo. La apasionada y apasionan-

te admiración de don Fernando por las ideas generales ha hecho nacer en él, como es lo ordinario en tal estado de espíritu, sospechas infundadas y celos tenebrosos.

En la forma este libro tiene cualidades perdurables. Su autor ama la lengua española, cuyos secretos ha perseguido con ilustrado empeño en las obras de los clásicos y en los buenos escritores de los tiempos modernos. Ilumina sus imágenes con la radiante emanación de las ciencias físicas y de la filosofía moderna, no sin extender sobre toda su obra el suave resplandor del humorismo, ese preservativo milenario del pensamiento humano. Cautiva además su estilo, porque entre líneas se percibe un grande entusiasmo, amor a la vida y gran complacencia en la comunicación de las ideas. Es claro en la forma y en el fondo. Podría decirse acaso que en algunos momentos el placer de comunicarse con el prójimo y el entusiasmo que pone en acoger las ideas le hacen llegar a un estado no muy remoto de exaltación, durante el cual suele su pensamiento ser menos perspicuo que de ordinario. Sin embargo, estos momentos de exaltación, que son raros, repujan la obra del pensador y la pone muy lejos de ser catalogada entre las filosofías de lo obvio.

El Tiempo. Bogotá, junio 20 de 1930

Ref.: *El periodismo en Antioquia*. Selección y prólogo de Juan José Hoyos. Alcaldía de Medellín, Concejo de Medellín, Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina, Medellín, primera edición, 2003. Tomado de: Sanín Cano, Baldomero. *Letras Colombianas*. Colección de Autores Antioqueños, Vol. 1, 1984, pág. 221 - 227. Tomado de: *Dos Siglos de Periodismo Colombiano*. Coreditorial, Bogotá, julio de 1985. Tomado de: El Tiempo, Bogotá, junio 20 de 1930. Reproducido en la revista Claridad, Medellín, julio de 1930.



Caricatura de Ricardo Rendón 1915

Eduardo Escobar habla sobre Fernando González

María-Dolores Jaramillo

¿Qué tan cercano fue usted de Fernando González?

La verdad es que yo fui un poco descuidado con Fernando González y no fui a visitarlo tanto como debiera haber hecho. Yo estaba en la edad de perseguir muchachas, con relativo éxito además, y usted sabrá perdonarme como yo me perdoné, que me interesara más averiguar a qué olían las ninfetas de la carrera Junín, en Medellín, y qué música guardaban, que espigar en los pensamientos de los filósofos por inteligentes e intrigantes que fueran. De cualquier manera la intimidad con los amigos auténticos no se mide por el tiempo que pasamos con ellos. Hay muchas personas que vemos todos los días y con quienes al final no conseguimos establecer un contacto que se parezca ni de lejos a la amistad. Y así como yo siempre he permanecido bajo la influencia de ese hombre, al parecer, mientras él anduvo sobre la tierra, me recordó siempre con cariño y me mandaba a felicitar con nuestros conocidos comunes por mis primeros poemas publicados en la prensa de la parroquia. Su hijo Fernando me contó una vez que su padre se acordaba de mí con frecuencia a la hora del al-

FERNANDO GONZALEZ
EX-LIBRIS

muerzo. Aunque no sé si sucedía por mi aspecto desnutrido en aquellos tiempos de la bohemia dura del nadaísmo, o por el afecto entre parientes. Los dos contábamos con un ascendiente común, el famoso Lucas de Ochoa y Alday, que según sé fue uno de los fundadores de Envigado. Y mi abuelo, mi abuela y mi bisabuela paternos, a veces aparecen en sus escritos. De mi abuelo dijo que no había semana santa en Envigado sin los berridos del Mocho. El Mocho, el padre de mi padre, que tuvo fama de ser el hombre más feo de Envigado, era el corista de la parroquia.

- *¿Qué aprendió del 'brujo de Otraparte'?*

Le gustaba decir que no tenía discípulos, que él creaba solitarios. Digamos que aprendí de él, o me identifiqué con él, en el mandato de bregar por la conciencia de sí mismo y por conquistar la hombría y la autenticidad. Y claro, en la admiración por las muchachas como expresiones del milagro, como incitaciones al crecimiento interior. En últimas, calificar una relación de amistad y admiración, es muy difícil. Digamos que la amistad es siempre un sentimiento inefable.

- *¿Qué significaba conquistar la hombría ?*

Bueno, eso: liberarse de los prejuicios, aprender a reconocerse uno mismo como hombre, estar siempre del lado de las causas justas y aprender a decir, sin consideraciones con el respeto humano y las conveniencias, lo que uno piensa, lo que uno piensa que debería decir. Cambiemos entonces, si quiere, hombría por integridad.

- *Fernando González afirma la literatura como una necesidad espiritual... ¿conversaban con él de literatura?*

Los nadaístas solo hablamos de cosas de la literatura al principio. Recuerdo que Amílcar Osorio, recordando a Rimbaud, exclamaba a veces en las fiestas, cuando alguien se ponía libresco: Bueno, hijueputas, vinimos a beber, o a hablar de literatura. Claro que con Fernando González nunca pasábamos del chocolate al aguardiente. Pero tampoco hablamos de libros, nunca. Una sola vez se interesó por un libro, llamado *Salka Valka*, según me parece recordar, que llevó un domingo a su casa Humberto Navarro. Pero solo discurríamos sobre ideas... o discurrían... porque yo en la infimidad de mis quince años o dieciséis, no hablaba mucho, apenas hablaba... Creo que me limitaba a responder sus preguntas. Una vez que dejé de ir un

año seguido, me preguntó por qué no había vuelto. Le respondí que mis padres me habían consignado en un reformatorio. Y él: muy bueno. Allá les enseñan artesanías. Y después habló de la educación de los judíos y de la necesidad de incluir una artesanía en la educación de los jóvenes y de la fatalidad de los padres que piensan que sus hijos son como relojes que ellos pueden poner en la hora que quieren.

Además con Fernando González era muy difícil hablar... porque era un poco sordo. O se hacía... Y sí, los nadaístas, con él o entre nosotros, hablábamos poco de literatura, o solo muy tangencialmente. Más nos comunicábamos las cosas de la vida. Cómo nos tocaba la vida. Cómo veíamos andar la vida... Más bien diría que filosofábamos... Y nos reíamos, eso sí. Los intelectuales al uso nos reclamaron con frecuencia que no éramos serios. Y es verdad. Nunca nos tomamos demasiado en serio. Y ahora me viene un recuerdo a la cabeza. Una vez Fernando González nos sorprendió a dariolemos y a mí fumando marihuana en su jardín. Y vino hacia nosotros y dijo tan solo, reconociendo el olor. Marihuana. Yo tengo unas matas de marihuana sembradas por allí, pero les gusta a las gallinas y no me las dejan pelechar. Le interesaba mucho la botánica y practicaba la homeopatía con su pariente político el doctor Restrepo Molina, que además fue el hombre que me extrajo de mi madre hacia este mundo y le auguró que le iba a causar muchas dificultades porque me resistí con tenacidad al corte del cordón umbilical.

- Fernando González y usted, como intelectuales afines, coinciden en muchas cosas...en la exaltación de la vida, en la pasión por la lectura y la escritura, en el abundante humor de sus páginas...

Me enorgullece haber contado con su amistad. Y que usted me ponga junto a esa figura que yo respeto tanto. Pero mire, yo aún me sigo sintiendo ahora, ya viejo, o en plan de volverme viejo, como el niño que era entonces, un niño sin importancia colectiva, que se empeña en sobrevivir en medio de una soberbia inutilidad para las cosas prácticas de la vida. Pero anotemos aquí que para González los libros no eran una pasión, sino un apoyo... y que su obra no es propiamente literatura al uso...

- ¿Qué anécdotas recuerda de Fernando González?

Una anécdota amorosa. Cuando ya había muerto, es un decir, doña Margarita me preguntó cuál libro de su marido debía publicar primero, pues la

editorial Bedout le había hecho la propuesta de reeditar sus obras. Yo le dije sin titubear que *El remordimiento*. Y ella hizo una cara de desagrado de mujer celosa y replicó: pero es que ese libro está lleno de mentiras, Eduardo. Esa historia nunca pasó. Muchos días después, en otra visita, me contó que estaba recogiendo cosas del Brujo, recuerdos, y en la primera página de uno de esos álbumes de fotografías de familia, estaba el papel que le dejó la niñera al cónsul en el bolsillo de la bata de baño. Supongo que ya se había curado las heridas y que ya no le importaba acordarse de las infidelidades de su marido. A mi padre no le gustaba Fernando González, a propósito. Decía que era un desaforado... Y desaforado... suena a los vicios de la carne... Yo creo Fernando González marcó su pueblo con toda la fuerza de su personalidad, con sus furias, sus lujurias, sus ambiciones, su gusto por la plata y por las fincas bonitas. Ah, también le aprendí eso. A comprar fincas. Es un gran pasatiempo.

Y un pecado venial. Porque hay que ocultarle al vendedor que uno no tiene plata y fingir interés. El vendedor te atiende siempre muy bien, con sancocho y aguardiente y pasantes.

- Fernando González cuestionó la pereza, el ánimo dilapilador, el poco trabajo de los bogotanos...

Estos días, leyendo a Séneca, pensé que fue en cierto modo un estoico. Se parece a Séneca en su empeño de convertirse en educador de la juventud, en promotor de una cierta moral, que sin herir ni empobrecer a los hombres los acercara a lo que él llamó la autenticidad y a la aceptación de sus impulsos. Sinembargo esas contradicciones con el espíritu bogotano se corresponden con cierto talante de época en Antioquia. Y quizás obedece también a su experiencia bogotana. En las *Cartas a Estanislao*, se deja notar cierto resentimiento. Natural además por el modo como se manejaba el país desde Bogotá, a punta de vanidades y retóricas vacías. Creo, finalmente, que se identificaba con el modo de hacer política de su suegro.

- ¿Cómo hacía política Carlos E. Restrepo?

Don Carlos E. dejó fama de ser un político pulcro con la cosa pública, conciliador, decente. Un político muy raro. El que el país necesitaba en su momento.

- Fernando González fue un antipolítico..

No se paraba en pelillos... y era directo a la hora de expresar sus opiniones... Participó en política alguna vez, y en las *Cartas a Estanislao* hay una donde se mofa de su experiencia, una carta divertidísima. Sacó tres votos. Es una de las mejores cartas de ese libro, con la dedicada a Eduardo Santos, en la cual compara el bigote del doctor Santos con las lanas que les salieron entre el pelo a los primeros cerdos que llegaron a Bogotá.

- A Fernando González le repugnaba la guerra...cuestionó a Hitler y a Mussolini...

Los críticos superficiales destacan en su obra y su vida lo que él llamó el vivir a la enemiga... su desfachatez para cantarles las tablas a sus adversarios, legítimos o inventados, y a veces su agresividad verbal, que heredó Fernando Vallejo. Pero sobre todo, el vivir a la enemiga fue en Fernando González un mandato que va mucho más allá: es también el vivir a la enemiga con uno mismo. Se le ha reprochado, en los ambientes de izquierda, una incierta inclinación al fascismo por sus visiones de Mussolini en *El hermafrodita dormido* y de José Vicente Gómez, en Mi compadre. Pero él se refirió a estos personajes más como ejemplares de lo que llamó también la *egoencia*, y alabó el modo como saturaban el medio. Tuvo un toque nietzscheano, sobre todo en su juventud, pero descartando el talante ario del guerrero... su lucha era consigo mismo, sobre todo consigo mismo.

- Fernando González exalta el 'espíritu de patria' como algo propio de los antioqueños...

Me parece que ese concepto de la patria era el propio de su tiempo también. Y habla de su angustia por las deformidades ambientales, del dolor que experimentaba al contemplar un país lleno de vicios, de seres desordenados y desarmonizados, tiranizados por una casta de ambiciosos, y por sus propios vicios y sus enfermedades: el acoholismo, la uncinariasis.

- Consideraba connatural en el antioqueño el anhelo de superación...

Pues sí, el superarse, el elevarse sobre sí mismo. Que recuerda a Séneca otra vez. Y otra vez a Nietzsche. Y que se corresponde al mismo tiempo, con una inclinación de la época de su actividad. También por eso, críticos

como Jaime Mejía Duque, confundieron su pedagogía con los textos de autosuperación de ciertos escritores yanquis.

- Fernando González rechazaba las medallas, los honores...

Vivió no sé cuánto tiempo por fuera del país. Y al regreso se recluyó en el ostracismo a medias obligado y a medias voluntario de su casa en Envigado. Y enarboló la bandera del pirata en su *Revista Antioquia.*

- La vida de Fernando González estuvo alejada de toda impostura, de cualquier apariencia...

Cuando apareció el nadaísmo dijo que siempre había querido crear una escuela, escuelita, decía en antioqueño, sin pretensiones, de solitarios y le pareció que nosotros la realizábamos... Y por eso nos quiso tanto y se preocupó tanto por nosotros. Gustavo Restrepo, director ejecutivo de la Corporación *Otraparte*, descubrió hace poco una carta muy bella que le escribió a gonzaloarango una vez, encabezada, según me acuerdo, Gonzalo del alma mía...

- El vitalismo de Fernando González deja una enseñanza ejemplar...

El amor por la vida, es evidente. Pero también el deseo de superarla. Es una contradicción aparente. Lo que causaba la fricción con la vida, le permitía sentirse vivo. Le gustaba decir que el hombre que no se contradice es porque está muerto. Pero en su obra se conjugan a veces un cierto vitalismo y un cierto pesimismo. Es su dialéctica: el amor y el asco.

- Es muy interesante el estilo de Fernando González...

Me gusta de su estilo sobre todo la manera como equilibra el habla literaria con el habla de todos los días. Es muy difícil de lograr. Si uno rumia sus descuidos aparentes, encuentra al mismo tiempo algo muy elaborado, un estilo, algo conseguido...

- La mezcla del lenguaje literario y el cotidiano produce efectos sobresalientes... Fernando González y Tomás Carrasquilla logran preservar giros, fijar palabras y expresiones del habla que podrían haber desaparecido sin los registros literarios... y el lector reencuentra y recupera amables formas verbales...

Creo que se admiraron mutuamente. Y se identificaron en la idea de que era posible hacer buena literatura a partir de los tipos del pueblo antioqueño y del habla antioqueña.

- ¿Por qué la prosa de Fernando González no ha sido justamente valorada...y reconocida en su belleza, claridad y precisión...?

Aún, todavía, el canon bogotano, que es el que se nos impone... lo considera anodino. Nicolás Suescún me dijo una vez que no era más que un paisa loco. Y Cobo lo ha menospreciado y en cierto modo, Gutiérrez Girardot. Usted sabe que las gentes del antiplano tienen un dicho: antioqueño, ni grande ni pequeño. Para mí y no son ganas de llevar la contraria, me parece que Fernando González es uno de los grandes escritores colombianos.

- ¿Qué aspectos podemos destacar de su prosa?

La síntesis tan hermosa a veces entre el habla de todos los días y el lenguaje literario, primero que todo. Y como no se adornaba, y huía del patetismo y la retórica, el resultado es apreciable siempre. Dicen que es uno de los escritores colombianos más reeditados... lo que pasa es que su influencia es discreta. Es lo que hoy llaman ahora un escritor de culto, un escritor de unos pocos y quienes lo amamos y admiramos, volvemos a sus libros una y otra vez y nos dejamos sorprender siempre por su inteligencia y por el carácter que cobija esa inteligencia.

- La prosa de F. González limpia, precisa, sin adornos invita a cuestionar nuestras tradiciones retóricas, recargadas, excesivas...

Usted lo ha dicho. No es tan fácil escribir con esa naturalidad. Charla con el lector, no se le impone. Es muy elegante.

- Ensaya el aforismo... y el pensamiento breve...

Era un hombre muy ingenioso, en el mejor sentido. Irónico y a veces, incluso, sarcástico, cuando se sentía herido.

- Contrasta con el abundante impresionismo literario de nuestros escritores desde Jorge Zalamea hasta Germán Espinosa.

Zalamea y Espinosa, siempre parece que quisieran deslumbrar al lector, con sus estilos engolados y sus palabras raras, altisonantes y eso los jode. No se trata de escribir bonito sino de manifestar el alma, la vida.

- Su distancia de los poderosos es una importante lección...

Pero al mismo tiempo la gente del poder no lo tomaba en serio... Y los intelectuales bogotanos como Nicolás Suescún, como ya le dije, siguen pensando que era un loquito de Envigado y que pertenece más al folclor que a la literatura. Pero es que Valencia Goelkel también dijo que Carrasquilla le había dado sueño. Yo pienso que debía estar muy cansado cuando emprendió su lectura. Yo desprecié a Carrasquilla muchos años, sin conocerlo, por pura nadaistería, y lo leí, no hace mucho tiempo a ver qué había allí. Y es deslumbrante.

- De loquito no tenía nada. Tal vez hay que comprender mejor la capacidad analítica de Fernando González....

Su obra la creó en la rumia del caminante, recorriendo los caminos de las montañas envigadeñas más que en el escritorio. Y por eso casi toda la sustancia de sus libros en principio quedaba en libretas de esas que usaban los carniceros antioqueños para apuntar los fiados y por eso tienen sus libros un aire fragmentario. Pero en su obra hay una gran unidad, desde los libros históricos y políticos, como la biografía de Santander, y *Mi Simón Bolívar,* hasta los de la madurez, que son introspectivos, una intensa exploración interior. A la manera de Montaigne.

- Sus ideas son muy audaces y muy novedosas para su medio y su época...

Yo sí creo que fue muy audaz y sobre todo, debió enfrentar un medio mezquino, y plagado de prejuicios. Los nadaístas luchamos en pandilla, en manada, como los lobos. A él le tocó hacer su trabajo de profilaxis social solo.

- Fernando González hablaba del 'camino de la verdad...'

El camino, en el sentido místico del ir descubriendo la verdad que se oculta en las muchachas, las manas de agua y los vahos de su vaca paturra y el olor de la gente y el modo de caminar y la manera de hablar la gente.

- ¿Qué estados de ánimo suscitan los textos de Fernando González?

Fernando González suscita un montón de estados de ánimo, según la expresión de Heidegger, digamos. Y deberíamos ocuparnos de ese aspecto

de su obra que nos incita, a partir del estado de ánimo, de la pequeña vida personal, de cada uno, a la observación de la vida interior, que es donde surge la verdad.

- *¿Qué opinaba Fernando González de Heidegger?*

Alguna vez dijo que los únicos en occidente eran Sartre, Heidegger, y él mismo. Creo ahora que por aquel punto de partida que Heidegger llamaba el estado ánimo y por el Sartre existencialista más que por el materialista dialéctico. Aunque expresó veladamente una comprensión por el comunismo de moda en su tiempo. A propósito, a Heidegger lo leímos los nadaístas de Medellín, en especial sus textos sobre la poesía y el arte. Y yo a veces vuelvo a leerlo. Y para hacerlo soportable, a medida que avanzo lo voy traduciendo al cristiano. Él pertenece a una cierta tradición alemana dada a los circunloquios, el abuso de los gerundios, a enredar las cosas. Una vez le preguntaron a Hegel por lo que quería decir un texto suyo de juventud y dijo que ya no lo entendía. Schopenhauer y Nietzsche de algún modo ofrecen una cierta claridad porque tenían sus modelos entre los ingleses y los franceses. Estos días estuve leyendo unas notas de Nietzsche sobre los franceses llenas de emoción. Aunque me sorprendió su entusiasmo por Carmen. Bizet le parecía enorme. Pero quizás quería molestar al aparatoso Wagner, con quien ya estaba enemistado.

- *Fernando González se debate entre las muchachas...y el remordimiento...*

Hay una diferencia con las generaciones del pasado. Nosotros, entonces, las muchachas tanto como los muchachos, soportábamos la carga de un componente que ahora se desconoce: el pecado. Que si bien le concedía al asunto un cierto encanto, en la lucha entre el instinto y la superestructura metafísica también lo hacía a veces doloroso. Doña Margarita le contó, con un gran sentido del humor, ya vieja, a una amiga común, a la amante gringa de Gonzalo Arango, que ella se había resistido a los acercamientos de la luna de miel armada con unas tijeras. Arrímese para que vea, le decía. El pobre hombre, al parecer, tuvo que ejercer una penosa pedagogía sobre su novia, para que cediera y lo dejara arrimar a la cama. Para mi generación, por supuesto, no fue ya tan arduo el acercamiento a la muchacha pero de todos modos había que hacer un largo trabajo de llamadas y visitas para

tener derecho a un dedo meñique, primero, a un codo después, y después... Era una labor larga. En nuestros años de juventud el amor era una cosa que se hacía entre tres: el muchacho, la muchacha, y el diablo que estaba siempre más o menos presente... En tiempos del nadaísmo esas barreras comenzaron a pulverizarse. De cualquier manera, sus hijos y mis hijos, se van a la cama con sus amigas de un modo más inocente. Supongo... Y no sé bien si ganan o pierden...

Cómo sería pues el conflicto en la juventud de Fernando González...

- *Luchaba contra el remordimiento...*

Recuerde el principio de *El remordimiento*. Qué animales tan hermosos hizo el Señor al crear las muchachas... Y en las *Cartas a Estanislao*, asegura que cuando Dios terminó de amasar a Eva, se olió las manos.

- *¿Cuál fue el conflicto en el amor por las muchachas...?*

Bueno, con sus pulsiones sensuales que se confundieron en él, un paisa de su tiempo, con el amor por el dinero, el gusto por las fincas y lo que él mismo llamó sus malas tendencias a la publicidad, a hacerse publicidad. Pero esto de resistir al amor es una vieja tradición que los musulmanes llamaron el amor urdú y que según cuentan fue el amor que experimentó Dante por la niña Beatriz. El amor que se mantiene, convirtiendo la hembra en ideal, sin consumarse.

- *Los remordimientos de Fernando González se relacionan con sus más íntimos deseos... pero no de haber amado sino de no haberse atrevido a amar...*

Era un enamorado de lo que llamó la muchacha. Las muchachas lo enloquecían. Y dicen que con frecuencia se le veía a la salida de la escuela de señoritas de Envigado que si mis datos son fidedignos después habría de llevar su nombre. No sé cómo sería su vida matrimonial. Por lo poco que me he podido enterar, debió ser amorosamente conflictiva. Doña Margarita lo amaba con inmensa ternura como a un niño...

- *En* El maestro de escuela *dice que la cónyuge opina y cela...*

Me parece recordar que Kierkegaard, citando a un Sócrates que no encontré en los *Diálogos* ni en el Jenofonte, decía: te cases, o no te cases,

siempre lo lamentarás. Mi conocimiento del matrimonio antioqueño parte de lo que vi en mi casa. Mi padre era el emperador de la última palabra. Mi madre ni siquiera reía en su presencia. Pero ella fue la que se impuso a la larga, en las decisiones familiares, valiéndose de los silencios de los pequeños actos, de suspiros. En mi familia se usaba que los varones entregaran sus salarios en el sobre cerrado para que los administraran las mujeres. En un artículo sobre el amor expresé la situación. El varón de rodillas con un ramo de nomeolvides encubre su aspiración secreta de devorar a la novia. Y ella sabe que solo simulando la sumisión reinará sobre el corazón de su amante. El amor es dando y dando. Un juego de falsas sumisiones, pérdidas mutuas y felicidades fugaces. Y estamos condenados a jugarlo. Unos pocos renuncian a la hermosa farsa y se convierten en santos o se enferman... Llevamos siglos tratando de entendernos con el amor. Finalmente, recuerdo a Rimbaud: sucio desdén, único alimento del matrimonio moderno... Pero creo que Fernando y doña Margarita lograron una cierta armonía al final.

- *Fernando González daba su reino por una muchacha... ojalá de catorce años y medio...*

Volvamos al matrimonio. Conozco una anécdota. Un día el hombre resolvió que se iba a vivir a Argentina donde había una industria editorial que le permitiría dar a sus libros una difusión continental. Para financiar el viaje le pidió a doña Margarita que vendieran sus joyas. Y ella se negó a entregar su tesoro. Entonces el hombre enfermó de gravedad y se echó en la cama... in articulo mortis. Al fin ella, aconsejada por la familia, dio su brazo a torcer. Si entendí bien el chisme, a última hora el joven Fernando tuvo una iluminación y resolvió invertir el dinero en acciones petroleras del Carare. Fue a Medellín, compró un paquete de acciones. Y cuando volvió a su casa las acciones habían bajado de precio en una de de esas estafas revestidas de legalidad aparente que suelen repetirse en Colombia y en todas partes, de cuando en cuando... Por eso es que el hombre sabía tanto de enredos bursátiles. Algunas personas, amigas y admiradores del Brujo, piensan que la divulgación de estos anecdotarios lo rebajan, irrespetan su memoria. Pero yo creo que solo hace más encantadora y transparente su personalidad. Era un paisa de Envigado, uno que defecaba mirando al cielo. A mí no me gusta que conviertan a mis amigos en santos. Además, casi todos esos secretos están insinuados en su obra de una manera más o menos desvergonzada. En

el mejor sentido de la palabra. Por ejemplo, en la historia con Jovino en la *Tragicomedia del Padre Elías* y *Martina la velera*, se narra cómo corría los cercos para hacerse al lecho seco de una quebrada, el padre Elías, que fue una imagen de su alteridad en sus últimos años, cuando se cansó de Lucas, Manjarrés, Jacinto, etc.

- *Las reflexiones de Fernando González sobre el matrimonio aúnan la influencia de Schopenhauer...y la experiencia propia...*

Mire, yo sé por experiencia lo difícil que es ser un escritor casado. Gonzalo siempre me aconsejó que mantuviera mi celibato y evitara a los hijos...

- *En F. G. hay mucha comprensión, mucha inteligencia. Es un nietzscheano que le contesta a Nietzsche...y mira la infidelidad como virtud de buscar...*

Mi padre me parió cabezón pero infiel, le gustaba decir.

- *Fernando González es un gran observador de la psicología humana... explica muy bien que la mujer dice no cuando quiere decir sí...*

Y que el pudor femenino está en los oídos...

- *Fernando González se debate entre el deseo carnal y el hambre espiritual...*

Es la vieja pulsión, Tanatos y Eros... Que algunos han achacado al cristianismo, pero que está en la raíz de la cultura, para Freud, desde la prohibición del incesto. Todas las culturas desde el principio se sintieron en contradicción con la sexualidad, desde que inventaron los portapenes, primero, y el traje después... y después la sofisticación del pecado...

- *En* El remordimiento *ofrece a la Virgen, en cambalache, calzoncitos por conocimiento...*

Es una de las partes más conmovedoras de ese libro tan hermoso. Y también encierra un gran sentido del humor muy propio de Fernando González. Se imagina usted a un cónsul ofreciéndole unos calzoncitos de muchacha a la Virgen...

- *¿Cuál es ese complejo de hideputa del que habla Fernando González?*

El complejo de hideputa es según la definición de su descubridor, el de los hechos a escondidas, el de los faltos de autenticidad, el de los que son incapaces de quererse en lo propio y siempre están imitando... Así lo llamó, con la contracción del castellano antiguo: complejo de hideputa... el complejo de los hijos de los frailes.

- Es hermosa la contraposición que hace F. G. entre los pretenciosos sistemas filosóficos y los balbuceos...

Los hombres no hacemos más que bregar por decir, por decirnos... Estoy leyendo a Hawking, tardíamente, estas noches... y veo que la ciencia moderna no es más que una gran armazón de hipótesis inciertas... incomprobables en últimas más allá de las descripciones matemáticas...

- Delimita muy bien el campo de la filosofía como explicación de las causas...la teología y la metafísica quedan excluidas...

Aunque en el último libro, la *Tragicomedia del padre Elías y Martina la velera*, acusa a sus contemporáneos de haber lanzado al tacho de la basura de la metafísica muchas preguntas que deberían mantenerse vivas, porque siguen siendo esenciales...

- Antioquia tiene a Fernando Botero, constructor de volúmenes... y a Fernando González, pintor de animales en celo....

Botero fue amigo de Gonzalo en el bachillerato, y me contaba que Botero solo ambicionaba entonces reunir una plata suficiente para comprar una tienda en Sonsón, contratar un dependiente que se la administrara y dedicarse a la pintura en la trastienda... Pero en Nueva York lo cebaron con el gusto por el verde de los dólares... y se convirtió en el empresario maravilloso que es...

- A Fernando González le gustaban los heterónimos...

Creo que eso de los heterónimos fue una costumbre entre sus contemporáneos... A León de Greiff alguien le contó como cuarentaitantos... Fernando, que me acuerde, es el padre Elías, Jacinto, Manjarrés, el maestro de escuela... y claro, Lucas de Ochoa, el bisabuelo común...

- Tal vez lo más interesante de Fernando González es el pensamiento propio...los conceptos y hasta las definiciones son propias...

Fue muy inteligente en su búsqueda; realizada a partir de los paradigmas de su cultura y su tiempo. Cuando apareció el nadaísmo, dijo: Voy a orar por estos jóvenes que se están desnudando.

- El rastreo de la historia política del país y su manera de intercalarla con las distintas narraciones ¿es una de las herencias del brujo de Otraparte*?*

Sus obras fueron de cierto espíritu nietzscheano de la juventud a lo inefable en el sentido de Wittgenstein, pasando por la digestión de la circunstancia o la historia. Y supongo que todos hacemos algo parecido por razón o por fuerza.

- Recuerda usted en Prosa incompleta *que Fernando González era también un escritor de devocionarios...y un místico...*

Yo diría que en esto reside su gracia, en elaborar su propia sustancia a partir de lo dado, de su medio y sus bajezas y grandezas. Algunos desprecian el espíritu religioso. Pero usted sabe que yo respeto mucho esa dimensión de la condición humana. El gusto por la intuición de los invisibles.

- El agradable humor de Fernando González lo comparten otros escritores de origen antioqueño...Tomás Carrasquilla...León De Greiff... Gonzalo Arango... X-504... Eduardo Escobar...

Tal vez el antioqueño en medio de sus frustraciones, para sobrevivir recurre al humor, a la ironía. El sentido del humor es un signo de la inteligencia, dicen. Y es un recurso para atraer. La gente demasiado seria espanta a la larga, atedia.

- ¿Qué emociones produce la relectura de Fernando González?

Un gran disfrute que es al mismo tiempo una revelación que no se cansa. Todos los días redescubre uno cosas nuevas en el hombre, en el decir y en el pensar, a medida que uno mismo evoluciona ciertos autores se engrandecen. Es uno de los pocos escritores a los que vuelvo siempre con respeto y cariño.

- Es de admirar el valor personal de Fernando González, su coraje y sinceridad al atreverse a exponer un pensamiento independiente, en contravía de la Antioquia pacata, clerical y conservadora de su tiempo...

Se opuso a las mentiras medioambientales... Y a su modo y manera y como un hombre de su tiempo esperó un gran destino para Colombia, para Latinoamérica. Con su ilusión de ver aparecer al Gran mulato. Chávez como expresión del Gran Mulato, seguramente lo habría decepcionado.

- *Podría corresponder su visión del* Gran Mulato *de alguna manera con la ilusión nietzscheana del hombre superior?*

Podríamos tomarlo como una variación dentro de esos prejuicios culturales que vivieron los hombres de esa generación, prejuicios derivados muy probablemente de las ideas de Gobineau... El espíritu del paisaje y el genio de la raza fueron paradigmas antes de nuestro tiempo más intrigado por las armazones del código genético.

- *Un buen hombre, inteligente, vital, con simpatía y humor, lleno de gracia y carisma personal... ¿por qué fue un solitario?*

Fue un incomprendido, porque asustaba su lenguaje desfachatado y la falta de pelos en la lengua. *El maestro de escuela* desarrolla la idea del grande hombre incomprendido que se sentía. Es una novela minimalista que mereció elogios de hombres como Torton Wilder, el novelista norteamericano. Pero como le dije primero, es un escritor de culto y lo era ya en vida y su casa se llenaba de gente que lo quería los fines de semana. Pintores, escritores, arquitectos y hasta simples cacharreros de Guayaquil, que sentían curiosidad por el personaje.

- *¿Qué aspectos visionarios le podemos reconocer a Fernando González?*

Bueno, él pensaba que mientras no alcanzáramos la autenticidad, es decir, mientras no aprendiéramos a pensar nuestros problemas por nosotros mismos, abandonando el complejo de hideputas que nos hace imitar todo lo que nos viene de afuera, el país no tendría remedio. Por eso creo que es tan importante su enseñanza. Mire usted que todo lo copiamos, comenzando por nuestra constitución que es un enredo calcado de cosas foráneas. Aquí en Bogotá sobre todo, los alcaldes, en vez de pensar en el modo como viven los bogotanos, como les gusta vivir a los bogotanos, vuelven cargados de ideas para mejorar la ciudad, de sus viajes al Japón o al Brasil o a Los Estados Unidos o Milán. Yo trabajé en una agencia de publicidad y una vez oí a un creativo decir esta barbaridad: se me acaba de ocurrir una idea, dijo. ¿Por qué no fusilamos esto? Y nos mostró el aviso de una revista alemana.

- *En* Prosa incompleta *usted hace una valoración literaria de F. González y destaca la unidad y coherencia de la obra...*

Fernando González escribió un solo libro. Todos sus libros son una sola obra: los apuntes de su propio camino. Un gran autorretrato en el cual podemos contemplarnos todos, uno por uno, no en masa. Uno por uno.

- *¿Cuáles son las más feroces diatribas de Fernando González...las que produjeron más asombro y rechazo social...*

Hay un panfleto ejemplar en las *Cartas a Estanislao*, en una que le dedica a Eduardo Santos. Pero hay muchas alusiones cargadas de veneno a lo largo y ancho de su obra, aunque siempre advirtió que no odiaba a nadie más que como expresión de vicios sociales. A Mariano Ospina, por ejemplo, lo llamaba comulgante con fotógrafo.

- *Poca crítica ha reconocido la riqueza musical de la prosa de Fernando González...*

Bueno, hay escritores así... Para minorías. El *Ulises* de Joyce aparece de año en año en la lista de los libros importantes de nuestro tiempo y no conozco diez personas que lo hayan leído con juicio. Nuestros intelectuales leen mucho de oídas o se alimentan con las solapas de los editores. Inauténticos. Mentirosos. Creen que son intelectuales porque representan un papel.

- *En la obra de Fernando González hay memorias, autobiografía, reflexión filosófica, análisis histórico, crónicas, novela, digresiones, drama y comedia...en esa moderna fusión de los géneros fue un cervantino... y un adelantado vanguardista, ¿verdad?*

Yo sí creo. Un adelantado en muchas cosas.

- *¿Fernando González les dio a sus hijos consejos de librepensador? Alguno fue a la universidad?*

Me parece haber sabido que sus hijos accedieron a la educación formal cuando ya estaban grandes. Que prefería siguiendo a Rousseau la educación personalizada en contacto con la naturaleza. Algunas personas como Velasco Ibarra que fue presidente de Ecuador como cinco veces y lo derrocaron siempre, era su huésped en las desgracias políticas y hacía de ins-

tituor de sus hijos Simón y Fernando a quienes conocí y de quienes fui amigo. Simón era ingeniero, me parece, de alguna universidad yanqui. Y Fernando, abogado. De los otros, sé muy poco... Solo que uno les prohibía a sus hijos los libros del abuelo.

- *Fernando González es un observador de la calle... recorre las plazas... el mercado...*

Estaba entregado a un ostracismo más o menos voluntario, y cuando apareció el nadaísmo sintió que había llegado su hora, que había surgido la generación que iba a reconocerlo en su grandeza. Él mismo dijo que los nadaístas eran como la escuelita de hombres libres que él había soñado en vano en su juventud. Y que cuando se encontró por primera vez con Gonzalo Arango sintió que se encontraba consigo mismo viniendo a sí mismo. Pero no sé cómo se resuelve su pregunta. Gonzalo, aunque era un buen lector, no puso su alma entera en los libros y aprendió a seguir los impulsos de la vida. Yo, mea culpa, me convertí en cambio en un devorador de bibliotecas... O mejor dicho, seguí siendo un devorador de bibliotecas... Porque ya antes del nadaísmo mi bibliomanía preocupaba a mis padres... Eso no quiere decir que hubiera renunciado a las enseñanzas de la calle. Habiendo carecido de un hogar, en mi adolescencia recorría el país con tres cajas grandes de libros que a veces se me desbarataban en plena calle.

Qué lío.

- *En* Carta a Fernando González *incluida en su libro* Invención de la uva *dice usted que todos lo destrozaron... que no lo amaron...*

Bueno, ahora me parece una expresión pueril. Pero es verdad. La gente incluso lo agredía, los choferes de plaza, los truhanes de la aldea. Porque pensaban que era un incrédulo, un hereje.

- *A Fernando González la escritura lo conduce a sí mismo... a aprenderse a sí mismo... libre de influencias académicas y librescas...*

Él se llamó peripatético. Era un andariego. Y buscaba su inspiración en los caminos veredales de esas lomas de Envigado que yo viví en los años de mi primer matrimonio y que sigo amando de corazón... y donde quizás algún día vuelva... aunque esas lomas han cambiado tanto desde que las colonizaron los barones del nacrotráfico.

- *En* El testigo y las máscaras, *texto incluido en su libro* Prosa incompleta, *usted recuerda que Montaigne defiende la presencia del yo en la escritura, la inclusión de lo personal e íntimo...y destaca esta tradición recogida en Colombia por Fernando González... y también por usted...*

La autobiografía dicen algunos que será la escritura del futuro. Todo el mundo, como digo en *Lecturas de la muerte de Dios*, cree tener un Yo y el derecho a ventilarlo ante sus semejantes. Pero no basta escribir en primera persona. Ante todo, esa persona debería estar inscrita en un espacio que la supera, integrada en una dimensión mayor que el pequeño pronombre de la primera persona del singular... en una aventura interior que a través de ese yo ensanchado abra también el mundo del lector o por lo menos consiga asombrarlo. Los siete pilares de la sabiduría de Lawrence, lo mismo que la feliz verborrea de Henry Miller, pertenecen a esta clase de autobiografías que sobrepasan el testimonio personal. Otra cosa es Fernando Vallejo, que aunque a veces es tan divertido, se queda a mitad de camino en la exasperación egoísta.

En cuanto a mí, me gustaría escribir alguna vez una Autobiografía desnudo, que narrara la experiencia de un muchacho de mi condición y en su medio, regalado y torturado también por una educación confesional. Tal vez me sirva para purificar mi experiencia, mis recuerdos, que a veces duelen y que a veces también entiendo como un apoyo que me permitió ser el que soy en mi singularidad, según la singularidad, la terrible singularidad que me impresionó tanto en mis lecturas precoces de Kierkegaard... esa singularidad que me permitió no desfallecer en los peores momentos de mi vida, en mis cárceles de adolescente, en mis hambres de adolescente, en mis abandonos.

- *Tal vez Fernando González logra con la confesión personal un vínculo de complicidad y cercanía con el lector...*

En todo caso, hizo una exploración maravillosa en los espacios del yo, para desmantelar las nociones de lo mío y lo tuyo, por ejemplo.

- *¿Cuál obra de Fernando González le gusta más y por qué?*

Cada uno de sus libros completa el anterior, lo hace avanzar... desde su pequeño yo personal de adolescente, expresado paradójicamente en *Pensamientos de un viejo*, hasta sus preocupaciones por la historia y hasta las reflexiones místicas del final, aunque deba calificarlas con esta palabra tan desprestigiada, donde trata del entendiendo, del vivir en el gerundio, de la

desnudez de los preconceptos, de la comunicación con la Nada, del valor de enfrentar la nadidad y del canto de la juventud... Así pues, creo que para entenderlo, es preciso leer toda su obra, los quince libros que publicó en vida... Para gozarlo, las *Cartas a Estanislao*, son una fiesta de humor negro y una expresión de soledad incomparable... Y *El remordimiento*... tratado de teología moral, que cuenta la historia de la culpa que casi lo mata de haber dejado virgen a la niñera de sus hijos en Marsella... Ese señor es muy complejo. *El remordimiento* es el remordimiento de haber obrado bien... Un descubrimiento suyo, enteramente.

- *¿Tal vez hay en Fernando González una nueva propuesta ética?*

Carlos-Enrique Ruiz me regaló hace días unas obras de Spinoza, que me hicieron entender mejor el pensamiento de Fernando González. Él, lo mencionó a veces, aunque no era dado a revelarnos sus influencias y sus lecturas, pues estaba convencido de que no son los libros los que nos revelan, sino la rumia de uno mismo. En todo caso, creo que es un sabio de la estirpe de Spinoza. Cómo no. Y de Séneca y Cicerón. Sin exagerar. Gutiérrez-Girardot se preguntaba si es posible filosofar entre nosotros. Pues sí, Fernando González filosofaba en Envigado, mi patria chica.

Grupo de los Panidas - De izquierda a derecha: León de Greiff, Ricardo Rendón, Fernando González y Tartarín Moreira. Caricatura de Elkin Obregón - 1994

Fernando González

Gonzalo Arango

Desde que el hombre abandonó la metafísica, no hay sino muerte, decía. Y que la cultura consistía en aprender a morir.

En la época que leí sus libros me hice a la idea de que un hombre tan grande –del que nada se sabía- tenía que estar muerto. Sin embargo, vivía a cincuenta centavos de bus de Medellín en una casita a la orilla de la carretera de Envigado, entre pisquines umbríos y naranjos enanos: Otraparte.

Era un escritor increíble, porque en un mundo falso, sólo la verdad es increíble. Así, la verdadera inmortalidad de un escritor no está en las estatuas que petrifican su ser y su errancia, sino en los libros que le sobreviven, esas hojas de vida que se abren - abriendo el camino.

Fundó una escuelita rural para enseñarnos a vivir, a ser lo que somos con orgullo, sin complejos europeos, sin alma ajena, sin mistificaciones. Era una escuelita de auto-expresión latinoamericana (lat-indo-americana). Nunca dijo: el que no está conmigo está contra mí. La esencia de su escuelita fue: el que no está consigo mismo, no está conmigo.

Usó el método de enseñar caminando, mostrando el camino. No su camino, el camino de uno mismo, de cada uno. Una vez encontrado el camino había que abandonarlo y seguir solos. Ese era el examen, la prueba final. Si uno era capaz de continuar sin él El viaje de las Presencias, el maestro concedía a su discípulo el título de Caminante, única meta a la que se podía aspirar en su escuelita andariega.

El simbólico diploma decía: "La grandeza nuestra llegará el día en que aceptemos con inocencia (orgullo) nuestro propio ser, contrario en todo a esos genios de las nalgas (capacidad de sentarse a copiar)".

Era un maestro bondadoso y terrible. Después de Jesucristo no he conocido otro mejor. Era, a su vez, discípulo adelantado del Galileo: lo que aprendió del Maestro taladraba sus sueños como espina. Toda su vida caminó por esa senda, no detrás ni pisando huellas: siguiendo el camino de la perfección hacía sí mismo, camino que no empieza ni termina porque es infinito.

Era un manantial en llamas, no para saciar sino para acrecentar la sed, sed de ser. Imposible seguirlo en su camino de abismos y cumbres. Imitarlo habría sido la locura o la muerte del alma. Quienes no entendieron, perecieron. Uno de sus discípulos, soberbio, quiso ser como él; enloqueció. Su trágico error fue seguirlo al pie de la letra, pero la letra es muerta. Ese espíritu electrizante como un cable desnudo lo destruyó. Los pensamientos que cultivaba en el jardín de su sabiduría eran mortales o de vida eterna. La belleza inimitable de esas flores ocultaba agudas espinas y alquimias letales para aquellos que quisieron usurpar sus dones y raptar sus secretos aromas. Sólo él, que las había cultivado, sabía de la semilla que alimenta y de la manzana que mata: "Todo ser híbrido es promesa y pésima realidad".

No era egoísta en absoluto, era la generosidad misma. Su obra fue la realización de su vida, no en busca de la inmortalidad sino de la trascendencia humana. En tal sentido sus libros fueron la ofrenda total de sí mismo, un sacramento de comunicación perfecta con los otros. Su sinceridad brutal testimonió la plenitud de esa entrega, su amor a la verdad por encima de todo: la gloria, el poder, el dinero, esas tres virtudes diabólicas del Ego. Triunfó sobre el demonio despreciando sus tentaciones y recompensas. Realizó su ideal de Cristo en el amor, el desapego, el sacrificio. En la medida que amó sus fuentes renovaban el material inagotable. En el álgebra del amor, dar es recibir, como la cascada que siempre se derrama y siempre fluye inextinguible.

Fue odiado por quienes no lo comprendieron, por quienes se escandalizaron con su verdad desnuda. Él no odió a nadie, no quiso ofender a nadie: sus ofensas no eran a personas o instituciones, sino a la vanidad en ellas. Si la verdad duele, es porque mata en nosotros la mentira de que vivimos. Eran, entonces, heridas de resurrección. En sus libros tropezamos con la verdad como rocas que nos impiden el camino de la autenticidad, y esos obstáculos no se remueven sin dolor. (...)

(...) Fue un desposeído, un descolocado, un echado de todo. Renunció a todo para ser él mismo. El tesoro espiritual que formó con inmensos sacrificios fue esa fidelidad a lo que era como hombre y escritor que en él fueron una sola pasión de ser, alta y absoluta. Fiel en la soledad de su combate y en el sendero tortuoso de sus contradicciones, de cuyas curvas surgían las revelaciones inesperadas de su fulgurante identidad. En su búsqueda perenne, ser era dejar de ser. En este sentido su meta fue el camino: y Dios, la posibilidad imposible que hay que realizar eternamente.

Una tarde en enero bajo el pisquín de Otraparte, me dijo modestamente que esta etapa del camino había terminado, que se iba a morir pronto. De esa extraña declaración estaba ausente la tristeza o la nostalgia del mundo: era una afirmación llena de júbilo, la serenidad de la plenitud. Yo le creí, por supuesto, y no me consoló ni le consolé. Su odisea vital había concluido: armado de toda la fe, cobraba su victoria sobre la muerte, y nada lo ataba a este mundo para saltar al otro. Del Galileo había tomado la fuerza y el impulso espiritual para superar las fronteras de la razón y la materia, y elevarse, alma pura, a los impensados reinos de la trascendencia.

Un domingo 18 de febrero, después del hasta siempre, terminó su viaje a pie. Fui a verlo, pero ya no estaba. Tampoco estaba muerto. Simplemente, había dejado el bastón. Cuando el enterrador de Envigado cerró la bóveda, su hijo Simón escribió con un palito en el cemento fresco: Fernando González Ochoa – 1895–1964.

Un estudiante curioso me preguntó al salir del cementerio si Fernando González había sido nadaísta.

-No: es eternista.

Ref.: Eduardo Escobar. *Gonzalo Arango, Correspondencia violada*; pp. 31- 34

Fernando González y la tradición antifilosófica

Nicolás A. Duque B.

Burlarse de la filosofía es filosofar de verdad
Blaise Pascal. *Geometría y sutilidad*

I. La comedia filosófica: el esbozo del antifilósofo

¿Qué tiene que ver la filosofía con los payasos? Podemos recordar una corta historia de Kierkegaard de su compendio *O lo uno o lo otro*, que dice así:

> En un teatro, se inició un repentino incendio tras el escenario. Un payaso salió a decírselo a la audiencia, pero esta pensó que se trataba de un chiste y aplaudió. Se lo dijo de nuevo, pero se puso a reír aún más. Supongo que esta será la manera como el mundo será destruido –en medio de la hilaridad universal de los ingeniosos y de los bromistas que piensa que todo es un chiste. (Kierkegaard, *Either-or*: 30).

FERNANDO GONZALEZ
EX-LIBRIS

Pero no se trata tanto de esta alusión a Kierkegaard. En cierta medida la filosofía también ha tenido sus payasos y sus bromistas, tanto así que la risa y la burla tienen una importancia considerable en filósofos como Pascal o Bergson.

Más allá de la risa o de la burla, encontramos que la hilaridad, el juego sutil del humor y la irreverencia verbal, es

muy propia de los antifilósofos: predicadores tardíos, reaccionarios, ironista y, quizá, payasos.

Entre los clásicos el antifilósofo más conocido es Luciano cuyos diálogos –en especial el titulado *Hermótimo o de las sectas*– no son sólo diálogos, sino verdaderas comedias. Los siglos ilustrados también han tenido sus antifilósofos. Juan Bautista Colomés fue un antifilósofo español que vivió en Francia para el momento del auge intelectual de Voltaire, D'Alambert, Rousseau, Buffon y Helvetius. Es el autor de una comedia en la que reduce a los filósofos a objetos de burla y de exhibición de circo. La comedia se llama *Los filósofos en Almoneda*.

Los filósofos en Almoneda está ambientada en un mercado, en época de Luciano, pero sus personajes son Voltaire, D'Alambert, Rousseau, Buffon y Helvetius. El problema central del diálogo se plantea cuando Júpiter y Mercurio deciden reunir un lote de filósofos para la venta y hacer, con el dinero recaudado, una fiesta para celebrar el haberse librado de un mal tan espantoso. Lo que ocurría era más o menos lo siguiente: Mercurio, preocupado por la acumulación de filósofos viejos, había llegado a la conclusión de que la mejor forma de evadirse de su cuidado –también de su estorbo y de su peligro– era subastándolos o vendiéndolos de contrabando. Decidió pues, exponerle su plan a Júpiter quien lo aceptó y optó por venderlos, no sin sentir una enorme preocupación por el estado maltrecho y lo poco a la moda que lucían. Los dioses también habían pensado enviarlos a algún lugar extranjero donde parecieran piezas exóticas y verdaderas curiosidades –como las indias occidentales– pero descartaron la idea al percatarse de que sería una terrible corrupción para gentes tan básicas e inocentes. Dejadas de lado múltiples opciones, Júpiter le pidió a Mercurio que los vendiera de contrabando a un comerciante chino que estaba en la ciudad.

La escena siguiente es la representación de la venta del lote de filósofos. Mercurio le dice al comerciante chino:

Mercurio

[...] Tengo para venderos unos maravillosos filósofos.

Chino

¿Qué son vuestros filósofos? Nunca los hemos visto en nuestras tierras y no quisiera llevar mercancías para las que tal vez no encuentre compradores. Sabéis sobradamente que mis compatriotas sienten recelo

por las novedades. ¡Ah! ¡Filósofos! Me parece haber oído hablar de ellos en ocasiones. Creo que es una especie de máquina cuya excelencia consiste en estar construida contrariamente a las otras máquinas. ¿Los han fabricado en Francia o en Suiza? (Colomés: 68)

La idea del chino acerca de un filósofo como una máquina fabricada en Francia o en Suiza recuerda la idea asociada con la filosofía materialista y mecanicista, de que el hombre es una máquina, y la mención de Suiza hace referencia al lugar de mayor fabricación de autómatas, por su tradicional trabajo de relojería.

La discusión continúa y Mercurio aclara que esos seres no son máquinas sino hombres de carne y hueso, aunque puedan ser tratados como animales: pueden ser disfrazados –¡ellos mismos se disfrazan!–, su comportamiento llega a ser astuto y multiforme, unas veces parecen leones, otras corderos y otras orangutanes:

Mercurio

[...] Imaginaos –dice Mercurio– que son como un caballo que van a ser comprados. Examinadlos por todos lados, miradlos de arriba abajo. Cogedlos por los pies, sacudidles las orejas y las encorvadas mandíbulas; en una palabra, tratadles, si queréis, como a auténticos animales.

Chino

¿Pero no muerden?

Mercurio

A veces. Pero seguro que en mi presencia no se atreverán. [...] (Colomés: 69-70)

Acto seguido Mercurio los exhibe haciéndolos caminar como en un desfile de animales de circo. Luego los subasta. El primero en pasar es Voltaire que espanta al chino y le hace exclamar: "¿Qué es esto? ¿Cómo tan delgado y descarnado? Es largo y esbelto como un tallo de cáñamo. Se dobla al andar y se repliega como una serpiente de pantano. Podría tener veneno. Me da miedo." (Colomés: 70)

Aunque Voltaire causa miedo y se mueve como sierpe, es comprado por demostrar pericia en el dominio de costumbres chinas como mentir pero, principalmente, por haberle hecho creer al chino que era el inventor de una laca nueva para sus porcelanas tradicionales. Luego del número de Voltaire aparece Rousseau quien se niega a ser vendido por considerar que el pueblo chino es mentiroso y vicioso. Sinembargo, Voltaire intercede y le aclara al chino:

> [...] éste, cuyo nombre es Jean Jacques, no es realmente filósofo, ni siquiera hombre. Es un animal que no obstante tiene el privilegio de convertirse en humano. Él mismo me lo ha dicho; es más, me lo ha escrito. Me ha confesado que no es filósofo, que odia a los filósofos más que a la peste. Confidencialmente me ha dicho que es un verdadero Orangután, y me alegré con él de su privilegio de poder andar a cuatro patas. Que lo niegue si puede: le mostraré sus cartas y no podrá desmentir lo que me escribió sobre este tema. (Colomés: 80)

Los editores de la comedia de Colomés anotan que: "Voltaire, al recibir un ejemplar del *Discurso del origen y fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, había escrito a Rousseau una carta con fecha de 30 de agosto de 1755, en la que le decía: "*He recibido, señor, vuestro nuevo libro contra el género humano; dan ganas de caminar a cuatro patas cuando se lee vuestra obra.*" (Colomés: 80. nota al pie 14).

El filósofo siempre conserva su solemnidad hasta el momento de la burla. Así ha ocurrido desde que Tales de Mileto cayó al pozo y desató las carcajadas de la esclava tracia. Pocas veces la filosofía ha utilizado la burla y el efecto risible tanto como en la antifilosofía. El antifilósofo es un contradictor. Contradice a su adversario, incluso podría contradecirse a sí mismo y burlarse de su propia visión. Su visión de las cosas no tiene como horizonte la coherencia. Es explosiva, insultante, a veces, incluso, implacable y malévola. Más que en la coherencia se basa en la sutilidad, en la insinuación perversa, en la palabra explosiva, en la conclusión desbordante y en la risa. Con la cara siempre hacia el exterior, la antifilosofía impone el gesto al concepto, agranda el más mínimo defecto y espera el error más aparentemente anodino, para llegar a lo que en ella podría parecer conclusivo: exasperar.

La antifilosofía tiene de peculiar que organiza la discusión y los asuntos discutidos como el escenario de una comedia. En uno de los escritos del filósofo español Benito Feijoo reunido en un libro titulado, precisamente, Teatro crítico, se hace alusión a la forma que tenían las discusiones tan caricaturescas en las disputas y en las "argumentaciones" de ocasión. Un apartado muy llamativo explica en qué consiste el "insultar por señas":

> Fuera de este modo descubierto de improperar [insultar con dicterios], hay otro ladino y solapado, más seguro para el ofensor y más dañoso al ofendido. Este es el de insultar por señas. Una risita falsa a su tiempo, arrugar fastidiosamente la frente, escuchar con un gesto burlón lo que se le propone, volver los ojos al auditorio como mirando la extravagancia, responder con un afectado descuido, como que no merece más

> atención el argumento, arrojar hacia el contrario una u otra mirada con aire de socarronería, simular un descanso tan ajeno a toda solicitud de cátedra, como si estuviese reposando en el lecho, y otros artificios semejantes, ¿qué significan al auditorio, sino una superioridad grande sobre el otro contendiente? ¿Qué le dan a entender, sino que éste es un pobre idiota, que no acierta con cosa, y más merece lástima que respuesta? (Feijoo: 87)

Además de esta descripción detallada, a continuación Feijoo mismo vitupera un poco y llama a sus contendores hombres viles, rudos e ignorantes que disfrazan su piel de león con piel de zorra.

La antifilosofía concibe lo que para la filosofía sería una discusión, una reflexión académica o una obra cultural, como representación teatral o como escena de circo. Las concibe como autoexpresión o como simulación.

Un antifilósofo payaso –que pueda ser también, por qué no, un mimo– podría someter a extremo desarrollo la idea de que la vida es una máquina controlada por hilos ocultos que hacen que nos comportemos como marionetas, o la idea de que todo no es más que una payasada metódicamente establecida en la que los gestos no pueden más que causar risa. Si miráramos de esta forma la vida de la cultura y la figura caricaturesca del hombre, descubriríamos en sus gestos más que las expresiones del alma, la evidencia de una enfermedad de visos cómicos.

II. Fernando González y la antifilosofía

Enfermedades del alma llamadas "embolias psíquicas" o "complejo de hijo de puta" y comportamientos dramáticos como la "autoexpresión", la "simulación" o el "método emotivo", son nociones, figurines verbales o conceptos hilarantes fundamentales para Fernando González. Están irónicamente relacionados con asuntos tenidos por serios y elaborados por la comunidad académica de cierto momento de la historia en Colombia.

Fernando González –un antiacadémico burlesco e intransigente– dejó una libreta escrita en 1916, la fecha en que se publicó su primera obra *Pensamientos de un viejo*, en la que mostraba al payaso como la figura predilecta para representar nuestra alma. Dice en aquella libreta, cuyo título es justamente *El payaso interior*:

> [...] es el espíritu algo tan delicado que hasta la más sencilla sensación lo modifica. ¿Habéis visto esos muñecos que hacen cabriolas cuando

> se les tira de una cuerda? Pues idéntico es el espíritu. La sensación más sencilla lo modifica grandemente. ¡A sus cabriolas las llamo yo visiones espirituales! (González, 24)

Esta imagen de un alma volatinera, dramática y cómica; no desaparece nunca de la antifilosofía de Fernando González. Incluso podría decirse que Fernando González quería empayasar ciertas capas de la intelectualidad colombiana y latinoamericana, extremando la idea de que el mundo es como un teatro, los hombres unos animales de circo y las discusiones académicas el síntoma de enfermedades patológicas degenerativas. Su ensayo *Los negroides*, por ejemplo, está dedicado a "ESOS ANIMALES QUE HABITAN LA GRAN COLOMBIA PARECIDOS AL HOMBRE" y *Don Mirócletes* a las Ceibas de la plaza de Envigado.

En *Los negroides* Fernando González expone, en siete puntos, lo que debe considerarse su filosofía de la auto-expresión. El primer punto –no sabemos si el orden que le da contiene la idea filosófica de la relevancia– dice: "El objeto de la vida es que el individuo se auto-exprese. La tierra es teatro para la expresión humana; el hombre es cómico; la vida es representación." (González, 15)

Esta teatralidad y comicidad de la vida es el estado general de una caricaturización: sus personajes individuales son caricaturas, actores de cine o una masa amorfa que se mueve a la deriva de las fuerzas.

La auto-expresión revela la individualidad que salta de las determinaciones de la masa. Quien se auto-expresa es como el actor central de la obra que, yendo más allá de la generalidad de los personajes anónimos, ejecuta una escena ejemplar, visible y memorable. No es nada más que una figura central en medio de un teatro de marionetas.

¿Habrá detrás de esta poco elaborada distinción, alguna noción o alguna discusión académica empayasada, como sería fácil de suponer en los escritos de un antifilósofo?

Creo que había dos nociones que la obra antifilosófica de Fernando González trató de envanecer con una reacción eruptiva y para muchos insultante. En una ocasión afirmó: "Aquí han creído que son frases graciosas; mis palabras son símbolos" (González, 44). La percepción que Fernando González tenía de su propia obra nos recuerda la ya un poco paradójica

condición del payaso señalada por Kierkegaard: cuando el payaso habla en serio el público ríe porque confunde lo que dice con un chiste.

Intentaré mostrar cómo las discusiones y las nociones centrales a las que Fernando González hizo constante e insistente burla –y de las que conservamos más que una posición filosófica, una sátira–, se pueden resumir y explicar a partir de los siguientes puntos:

1. La cultura latinoamericana sintetiza los valores de la cultura occidental y,

2. La raza colombiana va en vía hacia la degeneración por la mezcla sin programa de las distintas vertientes étnicas. La evidencia de esto son sus enfermedades y sus vicios.

III. El problema de la raza: el negroide, lo visible y lo invisible

Los que habitan la Gran Colombia, los negroides, son unos animales parecidos al hombre, pero no son hombres. ¿Es esta idea la posición de González, es una ironía, o es lo irónico de su propia posición?

Aproximadamente a partir de 1916, se hizo popular una discusión académica de resonancia internacional motivada por los psiquiatras Luís López de Mesa y Miguel Jiménez López que fue publicada en 1920 bajo el título de *Los problemas de la raza en Colombia*. El ensayo de Miguel Jiménez López se titulaba "Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y otros países similares". Los puntos básicos de discusión se referían a una supuesta degeneración anatómica, fisiológica, patológica y psíquica de los colombianos derivada de sus características raciales. En la introducción a su escrito Jiménez López se pregunta:

> ¿Existe hoy en nuestro país un estado de degeneración colectiva? ¿Somos, en otros términos, un agregado social en que los atributos de las razas originarias hayan marchado hacia un desarrollo progresivo, o bien ellos se han mantenido estacionarios o, por el contrario, la capacidad vital y productora de los progenitores ha sufrido una regresión en el decurso de nuestra existencia colectiva?
>
> ¿Desde un punto de vista estrictamente biológico, nuestro país y los países similares, analizados en el actual momento de su historia avanzan, se estacionan o retroceden?

> [...] Si de los datos recogidos en un estudio de conjunto resulta que el vigor inicial de nuestra raza decae y se aminora; si, al contrario de todos los organismos en desarrollo, vamos cediendo terreno en la lucha contra todas las causas de destrucción y de desintegración que amenazan al individuo y a la sociedad; si en vez de dominar al medio estamos siendo dominados y vencidos por él... es un imperativo inaplazable devolver a nuestra constitución las fuerzas perdidas, brindarle los elementos de lucha de que ha menester y prevenir para el futuro el desgaste y la decadencia que ha determinado nuestra inferioridad presente. [...] nuestro país presenta signos indudables de una degeneración colectiva; degeneración física, intelectual y moral. (Jiménez, 1920)

El estudio de Jiménez contiene noticias que hoy serían un poco burlescas y que, como es natural, pudieron haber sido utilizadas por la mente pícara de González. Resulta burlesco que Jiménez ponga como evidencia de la degeneración anatómica que: "[...] el promedio de la talla en los individuos seleccionados para el servicio militar apena alcanzó a un metro cincuenta y seis centímetros." (Jiménez, 10) o que "Cualquier fabricante de sombreros puede dar razón de esta particularidad nuestra, que contrasta singularmente con lo que sucede en otros países, especialmente en la Gran Bretaña, cuyos moradores se distinguen por la gran regularidad del ovoide cefálico." (Jiménez, 10).

Un trabajo adicional podría considerar todo el lugar concedido en sus obras a los hábitos, las prendas de vestir (muy especialmente las íntimas) y los cuerpos caricaturizados por sus formas exteriores. Nunca podremos olvidar las corbatas, la ruana, el paraguas o los zapaticos de cura. Por ejemplo, al final de *Los negroides*, en el apartado titulado "Pensamientos genoveses" González anota:

> En los días anteriores gocé con el pensamiento de que el vestido adquiere la forma del hombre, con sus torceduras, ansias, afanes. Casi siempre las sirvientas tienen el zapato torcido. (González, 131)

Estas reducciones caricaturescas a la apariencia exterior –al vestido, al gesto, al caminar– son cercanas a la fisiognomía de John Caspar Lavater, *La teoría del andar* de Balzac o diversas afirmaciones de Kant en sus *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime* y la *Antropología en sentido pragmático*. De la misma forma como en el ámbito de la filosofía occidental esas posiciones no estuvieron separadas de teorías de la raza y de las nacientes antropologías filosóficas; para Fernando González

eran el móvil para la ridiculización sistemática de las nociones de "síntesis cultural" y de "degeneración colectiva de la raza".

En el corto prólogo que hizo López de Mesa para la obra sobre la degeneración de la raza, se hace evidente que el problema se enmarcaba en el contexto de lo que ocurría en la historia y en la cultura Europea después de la Primera guerra mundial. López de Mesa escribió allí:

> Tal se me ocurre que viene acaeciendo ahora con esto del porvenir de las razas, si de tal modo podemos mentar a los aglomerados étnicos que con este o aquel nombre nacional existen en varios lugares, ya de Europa, ya de nuestra América. Porque en todas partes va apareciendo uno como examen de conciencia nacional, que busca hacer el balance del pasado por ver de hallar las posibilidades del futuro. [...]
>
> Pero, ¿y aquella agitación de qué nos viene? Estábamos, y aún lo estamos, inciertos de seguir las normas heredadas de religión, de moral, de sociedad, de gobierno y de familia, que todo ello fue viciado de muerte por el mismísimo afán investigador del alma humana: y esa emoción de incertidumbre nos traía y nos tiene cavilosos e irritables.
>
> [...] Es pues, un momento de crisis de ideas y de sentimientos universales lo que nos trae por estos caminos al parecer tan propios y espontáneamente transitados. Es la gran incertidumbre humana de este siglo, precursora sin duda de nuevos horizontes ideales, pero destructora y amarga por el momento, la que nos contagió y en nosotros se agita a su vez. (López, VI-VII)

Si bien no podría afirmarse que Fernando González hubiera dirigido *Los negroides* directamente al marco de esta disputa, quisiera mostrar cómo su obra empayasó la discusión. Para empayasarla necesitaba hacer frente a la visión que representaban pensadores como López de Mesa; pensadores que extendían el problema a la pregunta por la salvaguarda, entre nosotros, de la tradición occidental, aparentemente amenazada por la llamada decadencia de occidente.

El también ensayista de la época, Darío Achury Valenzuela, representa un lugar preeminente en este escenario. Su concepción de la cultura contrasta con una idea ridiculizada por Fernando González en el personaje de Manuelito Fernández en la novela *Don Mirócletes*.

Para Achury Valenzuela la cultura occidental no desaparecería, como muchos habían supuesto, por la crisis y decadencia en la que se hallaba, pues ya hacía parte de la vida cultural de Latinoamérica que, en buena medida, se había involucrado en el marco de la cultura occidental. La cul-

tura latinoamericana se tomaba como una cultura en potencia, una cultura naciente que, aunque sumida todavía en la prehistoria, se levantaría para la historia no sólo como una novedad sino como el rescate de Occidente. Se la veía como una cultura digna de iniciar una expresión de su potencia y acercarse, de este modo, a la famosa "vida de la historia universal". Si bien la cultura latinoamericana era un "vago esquematismo" y una cultura sinuosa y sin delinear, tenía no sólo una enorme potencia, sino que era ya una "cultura virtual". Valenzuela hace una descripción muy detallada del significado de esta afirmación:

> Así como la columna dórica representa la preocupación de la cultura griega por el presente, y el granito y el basalto representan la preocupación del pueblo egipcio por el futuro, la invención del reloj marca en la historia de la cultura germana el advenimiento de la inquietante angustia del tiempo y de la fugacidad de la vida, y su construcción todo nervio, sin carne superflua ni masa inútil, son sus pilares elevados y gráciles, con sus bóvedas en arista que alguien comparó con la flor en lo alto de un tallo, con su prodigioso equilibrio de resistencias y contrapesos, y, finalmente, con su espacio, que es esencialmente vida expresiva, espiritual e impalpable, es la maravillosa estilización del bosque nórdico; del mismo modo pudiéramos representarnos la cultura americana dinámica, cuya carga y sostén, cúpulas, pilares, plintos y arcas sean la expresión orgánica del espacio y de la selva americanos, de nuestro temperamento sensual y grandilocuente, de nuestro sentimiento pagano –si le damos a esta palabra su prístina acepción de aldeano–, propenso al éxtasis y a la superstición, a la demagogia y a cierto ordenado desorden.
>
> Nuestra cultura virtual será esencialmente la cultura europea pero impregnada de nuestra propia sustancia ideal, que reobra sobre sus aportes, transformándolos y recreándolos, imponiéndoles nuestra voluntad y designio, para modelar el mundo según las preferencias de nuestra intimidad y proyectar señorialmente nuestra alma sobre las representaciones que la cultura occidental nos ha transmitido a lo largo de cuatro centurias. (Achury Valenzuela, 36-37)

La virtualidad afirma la continuidad de las formas europeas añadiéndoles un sello expresivo propio. La cultura latinoamericana tendría pues, como marco de su representación, las formas europeas y, como obra cultural, la misión de reobrar y recrear el tipo de representación general de la cultura occidental. Lo que haría en la historia de la cultura sería –esa era la idea de Achury– establecer un ritmo y un estilo nuevos sin crear una nueva forma de la representación.

Fernando González ironiza dicho marco de representación. Como buen antifilósofo no sugiere un marco diferente, ni pretende superarlo. Antes bien, lleva sus consecuencias a la hilaridad haciendo experimentar una sensación de ridículo grandioso.

En *Los negroides* –en tono burlón y empayasando el concepto– González enunció dicho proyecto cultural como un "complejo":

> Creemos, vivimos la creencia de que lo europeo es lo bueno; nos avergonzamos del indio y del negro; el suramericano tiene vergüenza de sus padres, de sus instintos. De ahí que todo lo tengamos torcido, como bregando por ocultarse y que aparentemos las maneras europeas. Ayer estuve conversando con un señor de Bogotá, jefe político. Tenía los dientes torcidos, como bregando por esconderse en las encías; la color, como si lo negro y lo amarillo bregara por esconderse detrás de lo blanco, y las ideas y pasiones atisbando detrás de las lecturas del conde de Keyserling; un verdadero hijo de puta. Hijo de puta es aquél que se avergüenza de lo suyo. Por aquí me han llamado grosero porque que uso esta palabra, pero la causa está en que mis compatriotas son como el rey negro que se enojó porque no lo habían pintado de blanco (González, 30).

Aunque *Don Miróclетes* es una obra anterior a *Los negroides*, el problema de la virtualidad y de la degeneración de la raza ya parecía comprenderse plenamente.

En *Don Miróclетes*, Manuelito Fernández es el vástago producto de la debilidad y de los complejos de degeneración de Miróclетes Fernández. Cuando nace, Manuelito muerde el seno de su mamá que muere a causa del mordisco: es un ser infecto. Manuelito había nacido con dientes porque su papá era alcohólico. Miróclетes, a su vez, no podía querer a Manuelito porque veía en él todo lo malo que él mismo era: un hombre veleidoso de amor por las sirvientas, fumador y alcohólico. Como Manuelito no había heredado nada bueno de Miróclетes, se había convertido en un ser entorpecido –y casi invisible– que tenía como única posibilidad de salvación una fe metódica en la filosofía. La filosofía era el método que lo hacía visible.

Esta fe metódica era una payasada del método cuyo resultado no era otro que curar las llamadas "embolias psíquicas". Las embolias psíquicas eran la forma literaria de llamar a los síndromes de degeneración, debilidad fisiológica, anatómica o psíquica; que en el caso de Manuelito se habían encarnado en su alcoholismo, su deseo de fumar y su debilidad por las mujeres.

Podemos notar cómo el método –aquella gran noción filosófica– queda reducido, en el caso de Manuelito, a tres pasos de una payasada metódica hiperbólica. Manuelito debe tratar primero de tener una reflexión solitaria consigo mismo a cerca de su pasado vicioso y de sus tendencias degeneradas. Luego, debe mirarse al espejo –para ver el reflejo de la imagen deforme que es– y tratar de autosugestionarse. Finalmente, debe sumirse en el mundo de los sueños para que el subconsciente logre cambiar su aspecto. Un ejemplo particular del método puede verse en los pasos seguidos para dejar el cigarrillo y el alcohol:

Primer método

Dejarlos poco a poco y tomar purgantes durante el régimen para lavar el hígado y las otras vísceras.

Al amanecer se tira uno de la cama y se va desnudo para un espejo de cuerpo entero; se pone los dedos índices en las sienes y se dice:

"Fernández, ahora ya se hace la paz en tu cerebro; ya va circulando la sangre acompasadamente. Por lo mismo, estás concentrado. Cuando hay muchos esbozos de ideas, la sangre corre; pero cuando la mente está lista para un gran propósito, para un esfuerzo solo, grande y duradero, la sangre... ¡Ya estás! ¡Cuán fuertes tus ojos! Oye: aquí tienes este paquete de cigarrillos y esta botellita. Es lo que puedes fumar y beber hoy. Por consiguiente, demora el comenzar...".

A los dos días se disminuye la dosis. Así se continúa.

Segundo método

Ante el espejo: "Fernández, ¡cuán asquerosos este cigarrillo y este aguardiente, uf!". (Se hacen esfuerzos para vomitar. Este método se llama autosugestión mimética).

Tercer Método

Dejarlos de una vez, y siempre que venga el deseo ir hacia el espejo y tener un monólogo: "Tic, tic... Oye, Fernández, cómo va el reloj; acuérdate que el placer pasado es doloroso, y que todo es pasado, o va a pasar ya, ya. Todo pasa, todo pasa...". Y, si aprieta el deseo, ir haciendo el vacío mental poco a poco hasta dormirse. Durante estos sueños, la subconsciencia trabaja. Lo malo está en que hay que pasar el día en el espejo, pero ¡acordarse de que todo triunfo facilita el siguiente, en la guerra con los hombres y consigo mismo! (González, 4).

Sinembargo, el problema más urgente para Manuelito es la posibilidad de su desaparición. A través del tiempo se ha ido tornando más y más en un ser invisible que vive en un mundo de representación teatral al cual nadie pone atención porque está desposeído de la forma deseada. La imagen deseada, la cultura virtual en boga, no permite que nadie lo vea.

A veces Manuelito va por la acera y lo atropellan. De repente se tropieza con algún conocido y le dice: "disculpe, no lo vi". Su imagen vive en la amenaza y está a punto de desaparecer si no logra adquirir la dignidad de imágenes que valga la pena percibir. Los únicos personajes que permanecerán en el teatro de la cultura serán lo que se auto-expresen, es decir, los hombres con individualidad como Don Miróclетes.

Sólo hay un momento en el que Manuelito deja de ser invisible: cuando alimentado por las más grandes virtualidades, sale del cine. Nada explicaría mejor por qué la gran pasión de Manuelito –y acaso su salvación– es el cinematógrafo:

> Mi pasión es el cinematógrafo. Allí está mi iglesia. Cuando veo a un actor, a una bailarina, a un artista del gesto, salgo transformado. Mis amigos creen entonces en mí. Salgo con la chispa en los ojos, con los músculos tonificados. ¿Qué pasó? Que nació la decisión, y nada es más bello que el cuerpo de un hombre decidido. Mi espíritu, hundido en mi cuerpo alcohólico, salió a bañarme, así como el sol. Al decir actor, bailarina, artista, les doy su magno significado. No hay regulares, pues no lo son.
>
> [...] Por ejemplo, veo una cara llena y resuelta que hace el papel de hombre bueno, y me sube una decisión firme: "Seré un hombre grande, artista, actor, escritor, alguna cosa, pero perfecta...". Y así comienzo mis regímenes, hasta que mi voluntad de hijo del alcohólico Miróclетes se cansa..." (González, 5)

La criatura humana se convierte en caricatura y en actor. La cultura –que se había conceptuado como virtual– se convierte en el surco de un circo, y los personajes se convierten en dobles burlones de una imagen deseada que no pueden ser *realmente*, pero sí esbozarse como algo *virtual*. El método filosófico deviene una payasada metódica que tiene como objeto salvarnos, en este caso a Manuelito, de la terrible enfermedad que padece:

> Ahora, ¿cómo se consigue manifestar por canales abiertos, sin embolias, la individualidad? Mediante métodos. Yo soy el hombre destinado para hablar de método. Cuando pronuncio esta palabra, salta

> dentro de mí el alma, así como el feto en la preñada. ¡Qué bello y qué raro; pero cuán lógico: Fernández, el de las embolias, el que no tiene personalidad, es el nuncio de la personalidad y el destructor de las embolias! (González, 9)

Manuelito, enfermo de nacimiento, aunque es joven es muy viejo. Siendo en sí mismo joven ha sido envejecido por la herencia y por la degeneración. Una mala constitución física y racial lo ha hecho nacer con dientes.

La idea de la decrepitud prematura era bien conocida en los estudios médicos del momento y se asociaba al pesimismo y la falta de fuerza vital. En el citado estudio de Jiménez López se afirma:

> Hay en nuestra raza una decrepitud prematura que disminuye el período activo y útil de la existencia por lo menos en un 30 por 100 de lo que es en otros medios. Es casi un imposible hallar entre nosotros esas vigorosas mentalidades, esas energías inquebrantables que resisten íntegras hasta más allá de los setenta y 5 años. Casos como los de Gladstone, Bismarck, León XIII, Joffre, Mackensen o Clemenceau, serían un hecho inconcebible en los hombres de nuestra raza. No solamente la vida en su conjunto es más corta entre nosotros, sino que el tiempo útil de ella se muestra lamentablemente reducido. (Jiménez López: 14-15)

En *Don Miróclетes*, Fernando González –que hace las veces de un doble y ayudante de escenario– opina de Manuelito:

> Era un pobre viejo de nacimiento. En un baile a que asistimos me dijo: "En estas reuniones en que hay alegría y juventud, me entristezco; desde la infancia me apareció la conciencia de la vejez. No sé conversar con las mujeres; la conversación adquiere tinte pesimista; no se divierten conmigo. Al ver a las muchachas se me ocurre que aparecerán otras y que ya estaré muerto o envejecido; y si alguna me oye con cariño, deja de interesarme. Me gustan las que no pueden ser mías, *que no lo quieren*". (González, 53)[1]

Manuelito tiene una sola opción: hacerse visible o morir. Para hacerse visible tiene que autoexpresarse, es decir, transformarse en "egoencia". Su método terapéutico, que se basa en la observación, es un método irónicamente científico. Las observaciones que presenta pueden no ser muy dignas en términos lógicos, pero sí como un dato cultural. Se trata de observar,

[1] La primera obra publicada por Fernando González llevaba por título Pensamientos de un viejo aunque había sido publicada apenas a los 21 años. Habría que determinar cuáles eran la intenciones de González para titular su obra de esta manera. Una primera explicación debe buscarse en el prólogo hecho por Fidel Cano.

por ejemplo, la forma que toma el zapato en los curas; observar cómo en los entierros cuando el muerto –que había padecido una "embolia psíquica" insuperable–, queda en segundo lugar ante los grandes hombres que asisten al entierro con sus hermosos e imponentes trajes, robándose toda la atención y haciendo de la muerte sólo una excusa de su aparición. En la novela, durante el entierro de Tobías, el personaje principal no es siquiera Tobías. Alguien más toma el papel protagónico en la escena. González se pregunta:

> ¿Quién es el primer actor en este entierro? ¡Cuán curioso! Es Tobar. Mi mente no agarra a Tobías, no puedo concentrarme en él sino en Francisco Eladio Tobar, que se corta el pelo como un cepillo de los dientes y que vive un método. Por eso he sostenido que cuando hay un gran hombre en un país no debe haber elecciones. Ya la Naturaleza eligió. Y si las hay y no eligen al gran hombre, siempre será él quien manda. (González, 41)

La vida de los invisibles, como Manuelito, es muy cruel porque evidencia que entre todas las cosas visibles no vemos sino ciertas cosas y que la mayoría de las veces no vemos más que masas amorfas de gente, cosas sin individualidad y sin personalidad; apariencias carentes de presencia; vanidades rodantes. Para el invisible el detalle no está en el vestido, ni en la acción, pues ni el vestido ni la acción son visibles o reales. Lo único real es la personalidad que manifiestan. Un hermoso vestido en un cuerpo invisible es como el traje del rey desnudo que nadie ve. Pero no se trata sólo del vestido, sino del cuerpo. Hay cuerpos desajustados que, a veces, son demasiado grandes para su alma: se les ve alicaídos, no manejan bien las manos, caminan como saltando y, si acaso, los vemos para sonreírnos y no para admirarlos.

Como el régimen de Manuelito es metódico y el método es la única opción para sobrevivir a la virtualidad devorante, hay claros ejemplos del modo como se aplica desarrollando su noción central de embolia psíquica. La siguiente observación tendría la característica de un análisis social:

> Muchas veces –escribe González– me voy detrás de la gente para observarla, para buscar embolias. Cierta vez me fui detrás de un negro joven y gordo. Caminaba moviendo los brazos únicamente del codo a la mano. Me fui yendo e intuí el origen de ese caminado: era una embolia psíquica, a saber: un abuelo de este negro tuvo amores con una abuela de este negro, y un día, detrás de un barranco..., y en esas se asomó por allí el amo del negro. ¿Comprendéis? Toda timidez, toda

> traba en la manifestación de la individualidad tiene su explicación en las embolias. ¿Cuánto me irá a dar el Gobierno de Bogotá por este descubrimiento? (González, 9)

Este método, llevado a su máxima plenitud y formulación en su sistematización como "método emotivo", tenía ciertos visos del antiguo método geométrico, especialmente en el punto que tiene que ver con la definición de conceptos, los modos de prueba y la conclusión. Detengámonos en el caso de la formación de la personalidad misma de Manuelito. Su primer rasgo expresivo es un escrito encontrado en una puerta vieja donde Manuelito anotó: "El 24 de abril de 1905 murió el ternero de Manuelito". Con esta frase, y sin recurso a más información, el método emotivo llega a establecer los siguientes hechos que resumo en dos puntos:

> 1. al llamarse a sí mismo Manuelito da muestra de falta de dureza y de voluntad. Evidencia ser el hijo de un ebrio enamorado de las sirvientas y, por lo tanto, de ser un hombre débil que tiende a la extinción.
>
> 2. la frase muestra el origen de una noción de las cosas y de una visión del mundo cuando pone todo el culmen del momento actoral en el concepto de "ternero". Manuelito ve ese concepto –según pudo constatar Fernando González por el estudio directo de las fuentes– de este modo: "*Ternero*. Tierno. Los ojos de un ternero mamón son el círculo de la divinidad. Sus correrías en el espacio de cien metros de prado, alrededor de la vaca, son *gracia*. Ahí se forma y refresca el concepto de gracia. El olor de su vaho es el concepto de leche y de campo durante la mañana. Semejante a un ternero conozco apenas un burro y un ratón recién nacidos. Pues yo tuve mi primer amor por un ternero. Ahí revelé lo heredado de mi madre, lo que duerme en mi cuerpo de alcohólico hereditario y que de vez en vez rompe la capa de hielo de mis embolias. Ansia de belleza, belleza social, belleza interior, aspiración a lo perfecto." (González, 15)

En la nota hallada por González, en el caso de Manuelito, descubrimos rigurosos rasgos investigativos: hay una búsqueda de fuentes documentales directas; hay observaciones de campo; hay establecimiento de conceptos, datos y fechas; se expone un marco conceptual y una jerarquía de conceptos que involucra disciplinas mentales como la psicología y la fisiología.

¿Podríamos decir que una ironía tan sistemática no es, en cierto modo, la filosofía de un payaso? ¿Cómo no ver allí la forma de empayasar la discusión sobre la raza y las síntesis culturales?

No podemos negar que las falsas ciencias tuvieron un tiempo de aplicación. Durante los siglos ilustrados hubo pensadores, como John Caspar Lavater, que trataron de explicar el comportamiento y la conciencia a partir de la apariencia física y enseñaron a reconocer en el gesto al ladrón, al bruto, al genio y al filósofo. También hubo una ciencia irónica, la ciencia de Balzac, su *Teoría del andar*.

¿Acaso no estará Fernando González más bien del lado de la tradición de los fisiognomistas y pensadores burlones como Balzac, lo que lo haría más un antifilósofo que un metafísico? De todos modos su filosofía no es un procedimiento lógico sino un procedimiento mímico, burlesco y juguetón.

En *El payaso interior*, uno de sus primeros escritos, González advertía varias de sus futuras intuiciones hilarantes. Algunas anotaciones de la joven libreta, que quisiera transcribir, no son accidentales y pueden aclarar lo que sería el González maduro.

En la siguiente anotación le concede una relevancia inmensa a la observación del carácter en la vida y el destino de los hombres:

> Cuán cierto es que el modo de mirar influye mucho en el destino de los hombres. Ojos trágicos que encantan a las mujeres. Ojos serenos y observadores que dominan las circunstancias y, en fin, ojos cándidos que son románticos y eternamente vencidos y tristes (González, 98).

Además de haber puesto, desde el comienzo, su visión en la mirada; dejó un lugar vital y valioso al juego:

> El juego es uno de los placeres más intensos, más misteriosos que hacen vivir al hombre años enteros en una hora, y es un campo psicológico no explorado (González, 45).

Sinembargo, hay un consejo que explica por qué en vez de haber sido un abogado, un médico o un cura, se convirtió en un antifilósofo burlón y payaso como venimos diciendo hace un rato. Su formulación es tan clara y su convencimiento de la representación y de las posibilidades que nos dejaba la virtualidad era tan grande, que la única toma de conciencia frente a dicha convicción era la del antifilósofo que se pone por encima del teatro como un payaso frente a un incendio. Desde allí advirtió cosas como las que siguen que, finalmente, nos llevan a afirmar que, en el mar de las cosas visibles, si acaso, sólo se vio como un payaso:

> El médico, por ejemplo, –dice en El payaso interior– es preciso que sea de figura imponente, de voz recia, de aire misterioso, y de maneras autoritarias, pues sabido es el grandioso papel que en la medicina representa la sugestión. Me acuerdo ahora de un primo mío, enclenque, cenceño y amojamado, que deseando estudiar medicina fue a consultarlo con nuestro abuelo. Al oír éste las razones del mozo le dijo: no tal hagas, que tú no tienes figura a no ser para jesuita, y aun tengo para mí que sólo servirás para confesor de viudas jóvenes. (González, 80)

IV. Fernando González: el antifilósofo

Fernando González se cuenta entre los antifilósofos que, como Colomés o Luciano, vieron en la filosofía un teatro de actores y de apariencias vanas. Los antifilósofos habían tenido tan poca fama entre los filósofos modernos que eran tomados como ironistas falaciosos. Si recordamos el pasaje de Feijoo vemos que de ellos se podía decir que eran, cuando menos, hombres insultantes.

No resulta extraño pues, que muchos académicos modernos hubieran abogado por la prohibición de los chistes y de las notas de ingenio en el discurso para proponer, en vez de ellas, un lenguaje académico frío y descolorido.

El Conde de Buffon, en su *Discurso sobre el estilo*, había establecido el punto máximo de desprecio por las formas orales de expresión en la argumentación filosófica, cuando afirmó: "quienes escriben como hablan, aunque hablen muy bien, escriben mal". Su visión del discurso representó la victoria –nunca aceptada por los antifilósofos como González– frente a los oradores clásicos y supuso la eliminación en el discurso del color, las exageraciones, los tonos vehementes, los contrastes y los chistes.

Buffon había afirmado, en el discurso pronunciado ante la Academia Francesa el 25 de agosto de 1753, que:

> Nada se opone más a la vehemencia que el deseo de poner en todas las partes rasgos ingeniosos; nada es más contrario a la luz que debe revelar la forma y esparcirse equitativamente en un escrito que esas chispas obtenidas a la fuerza haciendo chocar las palabras unas contra otras y que nos deslumbran sólo unos instantes para dejarnos enseguida en tinieblas [...].
>
> No hay nada, todavía, más opuesto a la verdadera elocuencia que el empleo de estos pensamientos finos y la búsqueda de estas ideas ligeras, desleídas, sin consistencia y que, como la hoja de un metal bati-

> do, no tienen destello sino en tanto pierden solidez. Así, cuanto más ingenio nimio y brillante se ponga en un escrito, menos vigor tendrá, menos claridad, menos vehemencia y estilo; a no ser que este ingenio sea el fondo mismo del asunto y que el escritor no haya querido hacer otra cosa que chancear. (Buffon: 24-25)

En Fernando González el color y el ingenio son "el fondo mismo del asunto". González chancea y exagera, minimiza o maximiza las cuestiones, pero nos hace experimentar el resultado de evadir un lenguaje neutral, abstracto y descolorido como si huyéramos de un espanto. González tergiversa la regla de las academias modernas y, en vez de la argumentación fría y hostil al color, presenta una argumentación que colorea las ideas.

Cuando empayasa el concepto, en realidad, lo colorea. Antes que a la idea filosófica de la solidez, de la construcción geométrica del discurso, vuelve con su antifilosofía a los colores del lenguaje: al habla popular, a la pintura de paisajes, al cuadro costumbrista.

Su antifilosofía es la pureza del habla. No es la abstracción típica obrada en el lenguaje grecolatino, ni es abstracción alguna, sino que es el manantial puro del campo, es el olor de los árboles y de los riachuelos, es el vaho del ternero y es la leche de la vaca.

Su antifilosofía no supone una filología y todos los círculos hermenéuticos son cambiados por los círculos de la divinidad de la vida, sin abstracciones. Cuando juega y colorea la noción de "ternero" ironiza los géneros y las especies abstractas. "Ternero", como lo muestra respecto a la nota de Manuelito, viene de "tierno" porque los "ojos de un ternero mamón" son los "círculos de la divinidad". Las "correrías del ternero" por un espacio de cien metros, alrededor de la vaca, son "gracia". El ternero, sus ojos, el círculo de la divinidad y el círculo del ternero en torno a la vaca; le dan forma al concepto de gracia, pero no sólo una forma pues es una forma que refresca. No es un concepto que abstrae. El "ternero" que es todo ternura, todo color y todo frescura, conduce al "olor del vaho" y del olor de vaho nace el concepto de "campo".

Empayasando las definiciones escolásticas de especies y género próximo muestra que, contra toda filología, lo único parecido al "ternero" son el "burro" y el "ratón recién nacido".

Los conceptos empayasados y coloreados por la antifilosofía de Fernando González son una exageración, son un contraste, son el tono vehemente y son la nota de ingenio. Además, lo son sin vergüenza. En ellos no hay ninguna pretensión de derivación academicista. De su obra está ausente la pureza de un lenguaje neutral de la misma forma como está ausente la idea de una pureza de la raza. Están presentes la vida, las carcajadas, el animal y el hombre.

Con su antifilosofía no sólo empayasó los conceptos tenidos por serios en la intelectualidad colombiana y latinoamericana de la época, sino que le dio color a un lenguaje que se tornaba cada vez más frío, academicista y grecolatino.

Referencias bibliográficas

Achury Valenzuela, Darío. (1998) *Ensayos, glosas y otras erudiciones*. Bogotá: Ministerio de Cultura.

Buffon, Conde De. (2004) *Discurso sobre el estilo*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.

Colomés, Juan Bautista. (2003) *Los filósofos en Almoneda*. Salamanca: Universidad de Alicante.

Feijoo, Fray Benito. (s.f) *Abusos en las disputas verbales*. En: Impunidad de la mentira. Argentina: Tor.

González, Fernando. (1932) *Don Miróclетes*. Disponible en: www.otraparte.org

_____. (1936) *Los negroides*. Medellín: Bedout.

_____. (2005) *El payaso interior*. Medellín: Eafit.

López de Mesa, Luis. (1920) *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: Biblioteca de Cultura.

Søren, Kierkegaard. (1987) *Either/or* part I. New Jersey: Princeton University Press.

Ilustración: Horacio Longas

Fernando González y su *Viaje a pie*

Pedro-Antonio Rojas V.

Uno sólo es el camino del hombre, hacia adelante, no hay retroceso, ni desviación, sino búsqueda angustiosa del infinito...

Fernando González

Advertencia

No hay que estar muy familiarizado con la obra de Fernando González (1895-1964) para saber que ha sido acusado de ateo imprudente y de místico recalcitrante; de izquierdista desmedido y de conservador fascista, en pocas palabras de santo y de demonio. Podríamos continuar esta enumeración —que más parece un memorial de agravios—, sin embargo, esta ruta sólo da cuenta de un sector del pensamiento que se complace —desmedidamente— en redactar juicios. La vieja estrategia "académica" de reducir toda forma de reflexión al acto de señalar —en palabras coloquiales— a determinar cuál es el bueno y el malo del paseo. Nos hemos habituado a un pensamiento *fustigador* (tal vez por la educación tan "devota" que se imparte en nuestras instituciones), en Colombia se anhela tanto crucificar como edificar altares. Estos intelectuales tienen más vocación de abogados que el escritor antioqueño, son —en palabras de González— "titiriteros

FERNANDO GONZALEZ
EX-LIBRIS

de la certeza", la acomodan a su gusto.[1] De allí que deba advertirse: este texto pretende ser simplemente una excusa, una excusa para dejar de repetir la ceremonia —caduca— de esculpir monumentos, o de escupirlos, se trata de llevar el pensamiento a "otra parte", de intentar salir de ese escenario desgastado, de escapar del *tribunal*.

Caminar

Quisiera empezar a hablar de *Viaje a pie*, anunciando las maneras en que *no* pienso interpretarlo: no pienso abordarlo como una crónica (de esas cargadas, hasta el hastío, de retórica descriptiva y de propaganda regionalista), ni como un diario (saturado de confesiones íntimas), tampoco creo que sea estrictamente un tratado de metafísica (plagado de categorías reduccionistas); aunque sin duda este libro tiene un poco de todo esto, pienso que se trata de un libro de viaje como sostiene Sanín Cano.[2]

Ahora bien, lo que me parece más inquietante es lo que podríamos llamar el "método" utilizado. Se trata de un libro que enseña una manera particular de viajar. Método que a mi manera de ver es una invitación y una provocación, ¿a qué nos invita la lectura de ese libro escrito en los caminos? Simple y llanamente, pretende enseñarnos a *caminar*, a extender los pies cansados,

[1] Fernando terminó sus estudios de derecho en 1919. Desde estudiante fue sumamente crítico, despreciaba la manera en que sus colegas "manipulaban la verdad", años más tarde llegó a afirmar: "no pertenezco a ninguna academia, no tengo títulos, pues los de bachiller y abogado los perdí, y me alegra mucho eso" (Tobón, 1987:4'33''). La renuncia a sus "cartones" fue consecuente con las objeciones que esgrimía en contra del sistema de educación colombiano —véase *El maestro de escuela* (1941) y *La Tragicomedia del padre Elías y Martina la Velera* (1962). Baldomero Sanín Cano en un texto llamado *Viaje a pie de Fernando González* (1930) se refiere a este tema con las siguientes palabras: "Este hombre valerosísimo se puso a contemplar la fruta por todas partes y de su observación dedujo que estaba no solamente madura sino cerca de la putrefacción y que iba a caerse. La culpa de ese lastimoso estado es la educación del pueblo, la ignorancia privada fundamental, bautizada con el título de educación pública en que han tenido a Colombia durante nueve lustros sus dirigentes políticos y sus directores espirituales" (p.5).

[2] Baldomero Sanín Cano resalta este rasgo de *Viaje a pie*: "El curioso lector habrá notado que la mayor parte de las obras literarias universalmente difundidas y admiradas son descripciones de viajes reales o ficticios. (...) No siendo la historia mera narración de sucesos, ni la biografía el catálogo de las acciones humanas, sino una y otra la ecuación de la curva trazada por las ideas y las formas a lo largo y a lo ancho de los tiempos, se puede escribir la vida del género humano haciendo el análisis literario y filosófico de unos cuantos libros de viajes. Sería curioso averiguar por qué han escogido los grandes genios de la humanidad el libro de viajes para cifrar su noción de la vida. Acaso tenga esta duradera tendencia su origen en el hecho de que el hombre es inmueble por ley de la naturaleza, sedentario, enemigo del cambio y tenazmente apegado a sus ideas. Desea moverse, conocer otros mundos, pero el pasaje natal lo fija al suelo con energías telúricas desconocidas" (1930:5).

a enfrentarnos a la pesadez terrestre. Todas esas hojas publicadas en Francia,[3] nominadas al Nobel,[4] prohibidas por obispos, todas esas hojas (que debieron ser manuscritos dentro de mochilas sucias) pretenden ilustrar ese sencillísimo acto: la paradoja irresoluble de quien pretende desprenderse del suelo y, al mismo tiempo, retornar a la tierra irremediablemente. Esta enseñanza toma sentido cuando advertimos que caminar para el escritor de boina y bordón no obedece a una mecánica —ni a un "automatismo" fisiológico—, toma sentido si nos preguntamos ¿Qué significaba caminar para Fernando González? La respuesta no es evidente y podemos estar de acuerdo en que "caminar" no parece ser algo sobre lo que se haya pensado demasiado. Sin embargo, creo que caminar no se reduce a la exhibición de capacidades locomotoras: se trata de un oficio eminentemente literario, sencillísimo acto y cuántas implicaciones invisibles...

Hace siglos una mujer caminaba por las playas de Lesbos persiguiendo a sus discípulas, hasta que —en palabras de Afrodita— "caían en las redes de la mísera Safo" ¿Qué era ese acto para ella?, ¿acaso una asechanza? Virgilio invocaba a las musas para que escucharan el sufrimiento de los hombres desterrados, nadie en aquel entonces deseaba atravesar el campo de la blanda espiga y de los zarzales, ¿caminar acaso era una condena? Años más tarde ¿no aprendimos nada de la manera en que Ophelia —angustiada— caminaba hacía el árbol al lado del arroyo que le arrancaría la vida?, ¿el mismo Shakespeare no escribió para tormento de su Hamlet que una

[3] *Viaje a pie* fue publicado en octubre de 1929 por la editorial *Le libre livre* [El libro libre] de Francia.

[4] La supuesta nominación al premio Nobel ha sido motivo de disputa: por un lado, José Monsalve, escéptico, cita una de las libretas de González, en la que se hace evidente que la noticia no es veraz: "más bien creo que éste es algún sueño inventado por Gonzalo Arango o por Rojas Herazo. Y si fuere cierto ¿qué gano yo? ¿Qué saco yo con que eso guste o no? Vanidad, pues mañana me iré, pronto me iré. Y olvidado, y si no soy olvidado, a mí qué, estaré o lejos o en ninguna parte. ¿Qué a mí fuera de la Intimidad?" (2006:5). Por otro lado, Yeison Gualdrón, sostiene que Henao Hidrón: "logró confirmar la veracidad del relato que en el país algunos quisieron negar. Fue Guillermo Mora Londoño, embajador de Colombia en Suecia en esa época, quien le contó lo sucedido: En Estocolmo hubo una reunión de diplomáticos. A Mora le presentaron uno de los miembros del jurado del Nobel, quien tan pronto le saludó le dijo: «Señor, lo quiero felicitar por ser Embajador de Colombia porque hace unos cinco años un coterráneo suyo, Fernando González, fue candidato al Premio Nobel de Literatura»'" (2012:5). Según Guadrón en 1956 Jean Paul Sartre y Thornton Wilder lo propusieron para dicho premio: "A Sartre sólo le bastó leer una traducción al francés de *Viaje a pie* para considerar al escritor colombiano como un "existencialista" merecedor del Nobel. Y Wilder, más que conocer al filósofo de Otraparte, era gran amigo suyo y ferviente admirador de su obra" (2012:5) y añade que la Academia Sueca consultó a Félix Restrepo, presidente de la Academia Colombiana de la Lengua ese año, y este dijo que no se le podía dar el premio porque era un autor "rebelde y de lenguaje escandaloso" (2012:5).

desgracia va siempre caminando "pisando las ropas de otra"? ¿Cervantes no destinó a su hidalgo, de lanza en astillero, a errar por la mancha? ¿Y qué significaba para Werther caminar junto a los niños de Wahlheim? Recuerdo un fragmento en el que escribe: "todos los maestros y doctores convienen en que los niños no saben por qué quieren lo que quieren; pero por más que para mí sea una verdad inconclusa, nadie consiente en creer que los hombres, como los niños, *caminan* a tientas sobre la tierra" (1970:29). Después de escudriñar el corazón humano, ¿qué significa el caminar para Goethe?, ¿acaso un extravío?

Se me ocurren otros ejemplos de caminantes, de nómadas, de escritores para los cuales caminar ha sido una liturgia, una catarsis, una depuración... Algunos de esos ejemplos me aterran: recuerdo a Raskolnikov que después de conocer el asesinato "el agotamiento apenas le permitía *andar*" y que al saberse descubierto —mientras gruesas gotas de sudor resbalaban por su rostro— quiso salir a caminar en busca de quienes lo amenazaban, con la certeza de que no vacilaría en matar de nuevo ¿Qué implica caminar para Dostoievski?, ¿acaso se trata de una fuga?, ¿de una manera de escapar de la persecución? o ¿se trata del despertar la venganza y de la muerte? Por otro lado, ¿qué nos enseña la peregrinación de Dante? ¿Qué sentiría Rimbaud, cargado con vicio y sufrimiento, caminando hacia los infiernos?, ¿acaso no leímos, desconsolados, sus gritos?: "estoy maldito, ¡Vamos!, ¿a quién alquilarme? ¿Qué bestia hay que adorar? ¿Qué santa imagen atacamos? ¿Qué corazones romperé? ¿Qué mentira debo sostener? ¿Entre qué sangre caminar?" (2003:22), así comenzaba el poeta su camino al fardo, al desierto, al hastío y la cólera. También recuerdo que el señor K caminaba horrorizado por infinitos pasillos llenos de bancos, deambulaba —con un pañuelo en la boca— por laberínticas oficinas judiciales, preguntándose por qué el aparato de la justicia resultaba "eterno en sus contradicciones" y aparece ante mis ojos ese desconsuelo terrible, esa impotencia, recuerdo ese personaje triste de Kafka —que al pretender cambiar algo del aparato de justicia— termina frustrado, "el suelo huye bajo sus pies, precipitándolo en el vacío". Por último, en esta galería desordenada de recuerdos, se me aparece al joven Stephen Dedalus de sueños monstruosos —en los que evocaba a criaturas simiescas y prostitutas—, recuerdo que escribía largas cartas llenas de obscenidad, y caminaba por Dublín, protegido por la noche, arrojándolas por debajo de puertas desvencijadas en lugares donde las

muchachas se las pudieran encontrar al paso y leerlas secretamente ¿Acaso caminar era una perversidad?

Otra manera de caminar

Como ya advertí, no pretendo jugar el papel de Minos entre estas tinieblas: no deseo ser juez, sin embargo —y para simular contradecirme—, debo anunciar que Fernando González es *culpable*, es culpable de una sola cosa: es culpable de *caminar* —de arremeter con sus pies cansados contra la tierra, sí, de caminar, de enfrentarse a la pesadez terrestre, sencillísimo acto y cuántas implicaciones invisibles. Caminar, a eso se dedicaba con devoción mística, el escritor abismado, el agudo filósofo, el pícaro enamorado...

Solía decir que ni don Benjamín (su compañero de viaje) ni él habían podido llegar a la posición de los doctores filósofos: "para quienes la mujer nada importa. Somos en un noventa y nueve por ciento amantes [decía], y el resto filósofos, pero filósofos del amor" (1993:202). De allí que no falta quienes afirmen que era doblemente culpable, porque, también, tiró sus manos contra el cuerpo de las mujeres, *caminó* entre esos cuerpos, todo para intentar rozarlas con sus dedos:

> Las yemas de los dedos que calculan la resistencia, el calor, las curvas... antes de ellas el amor no era el amor: era un momentáneo acto de fieras. ¡Las mandíbulas! No; los dedos fueron los inventores y son los depositarios del amor. (1993:128)

Así caminó el Fernando de *Viaje a pie*, por la tierra y por el cuerpo femenino, con una sonrisa, con los pies y las manos hambrientas de "infinito". Pero ¿cómo es posible que ansíe lo infinito y al mismo tiempo el cuerpo de las "muchachas"? En adelante sostendré que para González no son algo distinto, en contra del tan sobrevalorado "sentido común" y de sus dualismos irreflexivos, la sensualidad para el escritor antioqueño era equivalente a lo inabarcable, a lo inasible y a lo infinito. Si bien más adelante retomaremos esta tesis, de todos modos, quisiera ilustrarla con el siguiente apartado de *El Remordimiento* (1935):

> ¡Qué animales tan hermosos hizo el señor al crear las muchachas! Desde hace días me tiene perturbado ¿Y qué dice usted de los árboles, troncos, ramas, hojas y flores? ¿Y qué del agua en sus variados aspectos, de mar, lago, río, riachuelo, quebrada, amagamiento, fuente, llo-

vizna, nube, nubecilla?... ¿Qué dice de luz y sombra, de sol y estrellas? Entre todas esas cosas se pasea, diosa en su palacio, la muchacha, que nos tienta, que nos incita, que nos tumba, que nos hace nacer y morir. (...) Amo a Dios: luz, forma, todas las ideas. ¡Oh, único, muchacha de las muchachas, árbol de los árboles, mar de los mares! (2008:173)

Requerimientos para caminar

Según González, para caminar por la tierra: "hay que descubrir nuestros ritmos, ajustar a ellos nuestros pasos y el movimiento de los bordones" (1993:15), y para caminar por el cuerpo de una mujer —con la yema de los dedos—, también hay que tener ritmo: "indudablemente cuando un hombre y una mujer se atraen, eso se verifica por sus ritmos; es que unidos son importantes para la economía del universo" (1993:15). ¿Y cómo hacemos para encontrar nuestros ritmos? Es necesario dejarse llevar por una fuerza desconocida, hay que estar "hinchado de egoencia como un sapo bravo", la egoencia es un impulso que nos arroja contra nosotros mismos, no se reduce a la vanidad: "es una tiniebla que principia allí en donde termina el talento del hombre" (2005:48), nace de una exploración sincera de lo que somos, y nos empuja más allá de lo que creíamos posible, en otras palabras, es lo que nos permite poseer el ánimo *incansable* de los héroes:

> El ánimo, esa fuerza desconocida que nos hace amar, creer y desear más o menos intensamente. El ánimo que no es inteligencia, sino la fuente del deseo, del entender y del obrar (...) en definitiva, lo que hace mover al mundo no es sino el ánimo de los héroes (1993:32).

¿Qué más necesitó González para caminar una vez que encontró su ritmo? Seguro que se sirvió de una voluntad de *despojo*. Se despojó de las prácticas habituales de los hombres, de aquello que lo petrificaba, en palabras de María Elena Uribe, él necesitó perderlo todo: hasta el cráneo.[5] Por

[5] La profanación a la tumba de González, el sábado 13 de enero de 1973, provocó todo tipo de reacciones, unas más indulgentes que otras. Gonzalo Arango, en un texto llamado *Asalto a la inmortalidad* (1973) escribió: "Alguien en mi devoción por él me superó, hasta el fanatismo idolátrico de disputarme la posesión de su cráneo, física ánfora en la que florecieron en vida sus pensamientos y demás flores fulgurantes de su espíritu" (p. 5), y termina diciendo que si bien es cierto que González "ya está más allá de las ilusiones y las lujurias de la propiedad privada", y que "le importará un pepino su propia calavera", su cráneo debería ser regresado: "mi querido ladrón: por tu serenísima y heroica culpa, doña Margarita, su amada esposa, redobló su soledad y su luto y quiere morirse de tristeza pensando que «él» yace en el fondo oscuro de un viejo baúl como cuerpo de delito, o que podrías en el éxtasis de tu embriaguez intelectual usar de cenicero esa parte del maestro que siempre tuvo ella sobre el corazón" (p.5). Por otro lado, José Monsalve, menos indulgente, en un texto llamado *Un cráneo, un robo y un misterio resuelto* (2006), sostiene que fueron unos "sobrinos" del difunto, quienes, a media noche, saltaron el muro del cementerio municipal, y

eso para caminar, y sobre todo para caminar por Colombia, el caminante no debe tener miedo de ser *incomprensible*:

> Ninguno de nuestros conciudadanos (si es que en Colombia tiene uno conciudadanos) podía comprender nuestros motivos. Para ellos, se camina cuando se va para la oficina, cuando se viene del mercado. No está aún en las posibilidades mentales de nuestro pueblo el comprender los fines interiores (1993:21).

Ser incomprensible implica asumir la soledad, una soledad como la que le recomendó Carrasquilla (1858-1940) en una de sus cartas:

> Huye de este medio, en donde las «moscas de las plazas públicas» y las sapiencias de los reporteros mágicos no dejan en paz, ni a sol ni a sombra, a ninguna personalidad que se destaque en el campo de las letras (1934:1).

Una soledad comprometida como la de Fernando, no implica rendirse ante una escritura estoica o ante una vida ascética. Pienso que se trata de un estado en el que ser la "estrella de las letras" no importa mucho, una soledad que no le tiene miedo al olvido,[6] una soledad que a veces —así sea por un breve instante— nos conduce por los caminos de otros solitarios, González se encontró con los *Panidas*[7] y su soledad estuvo acompañada,

profanaron la tumba, de lo que se sigue que ese acto no obedecía a una "devoción" fanática, como lo creía Arango, sino a un acto arbitrario, fruto de una noche de alcohol y drogas: Rodrigo Hurtado (uno de los supuestos profanadores) confesó: "¡Estábamos muy trabados, no joda! No hubo una premeditación, ni un plan, fue un simple capricho de muchachos locos" (p.5). A pesar de esta "desencantada" consideración, la escritora María Elena Uribe (1928) interpreta el robo de la siguiente manera: "la profanación de la tumba de Fernando, me parece a mí, ahora con los años, la culminación de su obra, porque hasta el cráneo lo perdió. En la *Tragicomedia del Padre Elías y Martina la velera*, regaló su huerto, y quedó sin nada, inclusive sin sexo, porque cuando muere se dice que parece un viejito y que parece una viejita, así que no se supo si era o no era mujer, y ahora le quitan su cráneo, yo creo que él, deportivamente, debe haber visto esto desde la otra vida, y no creo que le haya preocupado mucho que lo hayan dejado sin cráneo, pero al ladrón si le preocupó mucho y lo devolvió, así que ya está otra vez en su tumba" (Tobón,1987:27'3'').

[6] Tal vez uno de los escritores más dolidos por el silencio en torno a González fue Gonzalo Arango: "Se podría pensar que este hombre es un personaje legendario no sólo por su importancia en la cultura, sino por el insondable desconocimiento que esa cultura —la nuestra— tiene del espíritu que más la honró y la emancipó. La deuda que Colombia tiene con él nunca será cancelada, mientras su pensamiento no haya sido totalmente integrado al alma viva de la nacionalidad" (1967:145). En un artículo titulado Un profeta del presente (1966) escribió: "Sus bellos libros que glorificaron la verdad y la dignidad, son hoy ventanas cerradas al conocimiento de la juventud. Aquellos que pretendieron silenciar a Fernando González en vida, después de muerto no permitirán su resurrección, pues él encarna, aun ausente, un peligro y una amenaza para los eternos traficantes del templo del espíritu. Su palabra sigue siendo mortal para escribas y fariseos como fue la de Cristo, y por eso ambos seguirán siendo crucificados, silenciados y traicionados" (p.72).

[7] El grupo *Los Panidas* fue conformado por artistas sumamente jóvenes, los cuales publicaron una revista censurada por el clero. Pertenecieron a este grupo: León de Greiff, Fernando González Ochoa, Ricardo Rendón, Félix Mejía Arango, Jorge Villa Carrasquilla, Libardo Parra, José Gaviria Toro, Rafael

los *Nadaístas*[8] se encontraron con González y sus insolencias estuvieron acompañadas. *Viaje a pie* es testimonio de la soledad de quien busca infatigablemente en las palabras y no le teme a eso que está en el umbral de lo comunicable, es testimonio de la soledad de quien ejerce su *derecho a desobedecer*, de quien no cede a los condicionamientos ni del negocio editorial, ni del silenciamiento político, ni de la insensibilidad académica, de quien sabe que nada tiene un precio tan alto como para que valga la sinceridad:

> Pero que bueno publicar un libro duro, límpido, vívido, que bueno coger en mis manos otro, como *Viaje a pie*, como *Don Miróclетes*, un librito que sea como para después de que pase el jaleo, para los que vendrán, que no se venda hoy, que no sea de ayer, ni de hoy, sino de un lejano mañana, y que lo encuentren de pronto los semejantes al ser oculto que lo escribió, y vayan a buscarlo y a buscar su tumba y no hallen nada, porque está más lejos de donde habitó antes de nacer en Envigado, de 160 a 200 páginas, en octavo, forma francesa de bolsillo, de pasta roja oscura, que si lo abren los de hoy crean que se les olvidó leer, que eso no dice nada (Berrío,1993:11´10´´).

Sinembargo, no hay que tomárselo tan en serio, caminar no sólo se trata de un ejercicio solemne, no se reduce a tener un *ritmo* (impulsado por un ánimo inquebrantable), ni se trata exclusivamente de entregarse a la soledad de lo incomprensible... Nicolás Duque[9] ya lo expuso: para pensar

Jaramillo Arango, Teodomiro Isaza, Bernardo Martínez Toro, Eduardo Vásquez Gutiérrez, Jesús Restrepo Olarte y José Manuel Mora Vásquez. Greiff escribió un poema llamado *Trivial de los 13 Panidas* (1916), allí describe tanto a sus integrantes: "Músicos, rapsodas, prosistas, poetas, poetas, poetas, pintores, caricaturistas, eruditos, nimios estetas; románticos o clasicistas, y decadentes —si os parece— pero, eso sí, locos y artistas, los Panidas éramos trece!", como sus prácticas y sus pensamientos: "Melenudos de líneas netas, líricos de aires anarquistas, hieráticos anacoretas, dandys, troveros, ensayistas, en fin, sabios o analfabetas, y muy pedantes, —si os parece— explotadores de agrias vetas, los Panidas éramos trece!" Al finalizar dice "Ilustres críticos-ascetas, serios, solemnes, metodistas, tribu de vacuos logotetas!: andad al diablo! —si os parece—: nosotros, —Bárbaros sanchistas!—, los Panidas éramos trece!" (p.75).

[8] Como es sabido los Nadaístas fueron muy cercanos a González. Incluso Jotamario Arbeláez en un texto llama *El abuelo nadaísta* (2004), allí recuerda que en 1959 se reunieron en una "catatumba" —estaban huyendo de un carrotanque— a escuchar a de Gonzalo Arango, quien decía: "los catecúmenos debíamos mantener cierta veneración por el maestro Fernando González, dijo el profeta, (...) es el maestro que esperaba Latinoamérica, el único pensador que trasciende las roñosas fronteras de la inmanencia. Lleva 30 años predicando en el desierto y es nuestro deber abrirlo a las mentes" (p.7).

[9] Nicolás Alberto Duque sostiene que Fernando es testimonio de una jovialidad desbordante. Para ser más precisos Duque relaciona al escritor antioqueño con los que denomina los antifilósofos, hombres que se han burlado de la filosofía desde tiempos inmemorables, incluso afirma que se puede suponer que son sus "verdaderos padres" (es posible que ésta haya nacido de la risa que le produjo a alguien la caída del sabio Tales de Mileto a un pozo). Dice: "puede afirmarse que González, de forma consciente

a Fernando hay que saber *reír*. Este es otro de los requerimientos de ese sencillísimo acto de implicaciones invisibles. Para caminar, González tuvo que aprender a burlarse de todos y de sí mismo, a derribar —a punta de carcajadas demoledoras— todo edificio solemne.[10] Ahora recuerdo —con una sonrisa— un ejemplo de este procedimiento "hilarante", un fragmento en el que la oposición entre Liberadores y Conservadores se convierte en una caricatura:

> Julia es la hija de la dueña; ¡dieciséis años en aquella tierra olorosa a yerba! Su novio era un marinillo. Hace pocos días comenzó a decir a Julia que su padre se oponía a los amores porque ella era de origen liberal. (...) Nos dormimos pensando en ese marinillo que en las vertientes del Arma, al lado de la vibrátil Julia, se preocupaba por el partido conservador... Don Benjamín, ya dormido, repetía: "Yo me hubiera inquietado más bien por la conservación de la especie: yo también soy conservador" (1993:103).

Deseo de contradicción

Como hemos visto, Fernando caminaba siguiendo, metódicamente, una serie de requerimientos: primero encontraba su ritmo, después se iba despojando de todo, y por último —para evitar la solemnidad— se echaba a reír. Me parece que el lector de *Viaje a pie* estará de acuerdo en que la historia no termina aquí. Pienso que debemos insistir en que González siempre buscaba su camino propio:

> Pero la mayor parte de los hombres están atareados en la lectura de libros, sin preocuparse de leer su propia alma. Y esos son los que dicen: todo es viejo; todo se ha dicho ya. En verdad os digo, amigos míos,

e hilarante, quiso empayasar a la intelectualidad y a la filosofía naciente, extremando la idea de que el mundo es un teatro, los hombres unos animales de circo y las discusiones académicas, un acto lleno de motivos cómicos" (p.51). A partir de la lectura de Don Miróclets (1932) y Los negroides (1936), enfrenta a González con Luis López de Mesa y Miguel Jiménez López, concluyendo que a éstos últimos les "empayasaron" los conceptos, sobre todo los referentes al problema de la raza, en palabras de González: "Hijo de puta es aquél que se avergüenza de lo suyo. Por aquí me han llamado grosero porque que uso esta palabra, pero la causa está en que mis compatriotas son como el rey negro que se enojó porque no lo habían pintado de blanco" (p.54).

[10] Eduardo Escobar señala que los escándalos de Fernando dieron cuenta del "desarrollo de su pensamiento", insiste en que el escritor no trataba de hacer de la injuria la "fórmula del éxito" porque el cinismo brotaba de un alma "alarmada" por aquello que era objeto de su burla (2006:1). En otras palabras, todas sus burlas eran a la vez burlas de sí mismo. De allí que decidiera darle rejo a un yanqui que decía que "el clero colombiano era una peste" y que el país estaba en un estado de "barbarie", González le contestó: "sólo nosotros, los colombianos, podemos hablar mal de Colombia, y sólo nosotros, los católicos, podemos renegar de los curas" (p. 93).

> que cada verdad tiene tantos aspectos como hombres hay, y que todo aquel que se estudie, llegará a ella por un sendero original, y serán originales también los sentimientos que despierte en su corazón. (...) Si cada hombre se estudiara más a sí mismo, y se preocupara menos de la impresión que en otros ha dejado la vida, descubriría que su visión del universo es distinta a la de todos los demás. (1996:10)

El camino por el que decide transitar González (el camino de su singularidad[11]) era un camino poblado de peñascos, estaba cercado por abismos, por fuerzas opuestas: caminaba en el filo de la *contradicción*. Recuerdo un fragmento en que afirma —como lo hicieran Whitman o Pessoa en otras circunstancias—, "¿Qué nos contradecimos? Lo que pasa es que nuestro interior es un hervidero de contradicciones" (1993:234), por esto es que Eduardo Escobar le escribe en una carta "Ya sé, a usted sólo le gusta pelear" y concluye "hasta contra usted mismo". ¿Pero cómo es que podía continuar si su interior estaba lleno de contradicciones? Tal vez, porque se trata de una serie de contradicciones "aparentes", no hay que ser un estudioso de lógica para saber que muchas de las oposiciones en que vivimos son construcciones arbitrarias, tan endebles que al menor indicio de un pensamiento nuevo se derrumban. Ahora, como es debido, debo ofrecer un par ejemplos.

El lector de *Viaje a pie* habrá notado que González trata de evitar tanto la velocidad como el aletargamiento. Se enfrenta por un lado, a esas prácticas de nuestra época que nos hacen "salir corriendo" a cada momento, a esas nociones que nos hacen creer que debemos "ir por la vida como madero agua abajo", que sostienen que toda vida debe ser "rápida, difícil y varia".

[11] Muchos han reconocido la "autenticidad" de González. Desde Javier Henao y Baldomero Sanín Cano, hasta Gonzalo Arango y William Ospina. Podemos recordar dos de estas declaraciones: la primera se encuentra en la *Presentación de la segunda edición de Viaje a pie* (1967), allí Arango escribe: "Aquí nada necesita ser explicado: ni los viajeros, ni el paisaje, ni el camino, ni la meta. Lo que interesa no son las peripecias de la aventura, sino el suceder interior de un filósofo de carne y hueso que ve las cosas con una visión diferente, original" (p.5), la segunda, igualmente apasionada, es la de Ospina, en un texto llamado *Variaciones alrededor de un hombre* (2006): "Fernando González hizo algo mejor que teorizar sobre la originalidad: nos dio en cada una de sus frases un ejemplo vivo de originalidad. Y esa originalidad no era el afán de ser distinto, la pretensión de ser único, sino la fidelidad a ese tono nacido de sus circunstancias" (p.1). Y concluye afirmando que González no sólo encontró su autenticidad, sino que logró enseñar a buscar el camino de ésta a sus lectores: "leerlo no es, creo yo, una mera experiencia intelectual, es una experiencia vital, como oír el viento en los árboles, como meterse al mar, como estudiar las rosas o los músculos, como aprender a nadar o a volar en cometa. Estoy seguro de que pocos guías pueden ayudarnos tanto a encontrar la madera de nuestro propio sueño como este soñador tan reciamente colombiano, tan reciamente antioqueño y a la vez tan de otra parte" (p.1).

Y por otro lado, y al mismo tiempo, se enfrenta a esas nociones y a esas prácticas que nos confinan al aletargamiento, a la inactividad, al sedentarismo, la vida de la lentitud es para los "hombres que hacen fortuna" que son de una gordura muy rara "¿Por qué tendrán ese vientre esférico? Es un vientre de yegua".

Se me ocurre otro ejemplo, por un lado, caminar es un oficio terrestre:

> ¡Qué dificultad para elevarse! Somos hijos de la tierra y sus parásitos; nos liga a ella, como un cordón umbilical, la ley de la gravedad. (...) El péndulo tiene repugnancia a separarse de la línea que se dirige al centro de la tierra. (...) Nosotros somos péndulos atraídos irremediablemente hacia el centro de la materia (1993:105).

Y caminar, por otro lado, y al mismo tiempo, es un oficio aéreo: mientras una sandalia se esconde entre el pantano del camino inhóspito, la otra se eleva por los aires inexplorados. Se trata de prolongar el instante en la levedad del viento. De allí que: "dos aficionados a la filosofía y un caballo aficionado a la lentitud" se perdieran por los ríos, y las montañas terrestres, pero también se perdieran —como diría Cortázar— entre ríos metafísicos.

Quisiera compartirles un último ejemplo de ese deseo de "contradicción" que atraviesa *Viaje a pie*, así como se trata, al mismo tiempo y "casi" bajo las mismas condiciones (por aquello de que son pies distintos) de un oficio terrestre (pierna derecha) y de un oficio aéreo (pierna izquierda). Caminar, para González, también se trata de buscar el camino y al mismo tiempo de querer perderlo:

> El camino es casi toda la vida del hombre; cuando está en él sabe de dónde viene y para dónde va. (...) Pero nosotros sentimos en casa de doña Pilar la rebeldía contra el camino, contra esa línea por donde van todos los hombres, por donde van los arrieros, los agentes comerciales. Sentimos odio por la limitación (...) El camino hace adelantar y al mismo tiempo es un obstáculo. (...) El camino es la línea de menor resistencia; para abandonarlo tiene que esforzarse el espíritu. ¿Quién lo ha dejado? (1993:89).

Como las nubes

Bien, no pude evitarlo, utilicé la palabra "metafísica", ahora sí que tendré problemas. Pero antes que nada recapitulemos: pienso que caminar es un oficio literario, que *Viaje a pie* nos enseña una manera de caminar, una manera que demanda que hallemos nuestro ritmo, que nos despojemos de todo y que

aprendamos a reír como locos; además creo que para caminar por los caminos propios hay que abrirse paso por nociones, prácticas y personas opuestas, hay que estar al borde de la contradicción. Ahora sí, ¿metafísica? Pienso que todo lo anterior llevó a González a identificar la "tierra" con el "cielo", ¿cómo es posible?, ¿cómo se pueden confundir los seres inmateriales —sean dioses o demonios— con los seres materiales, con las muchachas de "carnes prietas, quemadas por la brisa de la tierra alta"? Se trata, para sorpresa de todos los que lo acusan de rezandero, de una metafísica muy particular: González escribe en contra de las *metafísicas de invierno* —como las llamaba Nietzsche—, niega lo inmóvil y lo imperecedero, niega el "primer principio filosófico" y niega todo lo que se congela dentro del corazón humano. Gracias a esto *Viaje a pie* se aparta radicalmente del sermón evangelizador de la institución católica, se aparta porque, digámoslo de una vez, prefiere la carne:

> Después de leer muchas vidas de santos podemos afirmar que el único enemigo es la carne; el Diablo se presenta en las suaves curvas de la carne; el mundo, ¿qué es el mundo sino la mujer? La carne inventa sofismas intelectuales para dominar al místico. El gran enemigo del cura es la carne. ¿Por qué se dividió la Iglesia? ¿Cuál fue la causa verdadera de la separación de Lutero? Que los frailes alemanes estaban cansados de dormir solos, o mejor dicho, de dormir con el Diablo (...) Y dormir con el Diablo no tiene gracia. ¡Es un colega! (1993:110).

Prueba de la preferencia de González por la carne es su "tristeza y castidad", por un lado, estaba esa tristeza pícara y desvergonzada: "Para que el lector comprenda cómo era nuestra tristeza, diremos que era bíblica; la Biblia afirma que el hombre después del coito es un animal triste" (1993:41). Y por otro, la castidad, que era bien distinta a la monástica:

> ¡Mejor que el calor del sol en la mañana eres tú, Castidad!
> Porque las glándulas seminales son el origen de la vida.
> Y la vida es deseo.
> La castidad hace crecer el deseo y el corazón rebosa de alegría.
> ¡Te amamos, castidad de ojos provocadores, porque el amor es bueno cuando tú presides! (1993:187).

Caminar para González es un oficio aéreo, pero también terrestre, tan terrestre que la sensualidad le valió la censura de su libro.[12] Podemos ima-

[12] Gonzalo Arango en un texto llamado La filosofía en alpargatas (1967), sintetiza las reacciones que produjo la publicación de Viaje pie, para contrastarlas cínicamente con la posición eclesiástica: "Viaje a

ginarlo, fiero, respondiendo ante las réplicas de sus detractores: "no mutilaré mis libros, los escribo para confesarme, y si tienen expresiones crudas es porque así soy yo" (Tobón,1987:6′48′′). Yo pienso que, entre muchos otros, un fragmento de *Viaje a pie* fue especialmente escandaloso para la sacro-santa institución, aquel en que dice que las mujeres:

> Van a la iglesia, a nada, a sentir correr sus vidas insípidas. ¿Insípidas? No; el cura es todo para ellas. Cuando se lo llevan a otro pueblo, lloran..., pero el día en que llega el nuevo, recién ordenado, con hebillas de plata en los zapatos, oliendo a sacristía, es igual al día en que se echa el toro en la vacada viuda (1993:152).

Pero el mayor problema surgió tiempo antes —aunque seguro no había sido detectado por la vigilancia sacerdotal— cuando entregaba su tesis, desde ese momento Fernando fue declarado "políticamente peligroso" por los feligreses seguidores del papa. Este muchacho arrogante les decía a los colombianos que la metafísica no es necesariamente un bálsamo que alivia el miedo aterrador a la muerte, y que mucho menos es un "consuelo" contra las desventuras de la vida, *no implica conformidad con el plan divino*... Para González el orden de cosas no era incuestionable:

> En la materia amorfa de que se formaron todos los mundos, estaba latente el devenir de la tierra; en el primer movimiento estaban encerrados todos los movimientos sucesivos. ¡Ridícula pretensión creer que el más infeliz ciudadano puede cambiar los destinos humanos!, ¡y aún esa ridícula pretensión estaba en la materia amorfa! (1989: 58).

Así la hipótesis de que existe un destino que "determina" la vida de todos los hombres deja de ser un escalpelo de quienes ostentan el poder, deja de ser la excusa perfecta para doblegar o dominar; deja de ser el "sagrado argumento" que confina a los hombres a la aceptación muda. Hasta la metafísica más determinista permite la transgresión: porque de ser cierta esta

pie es uno de esos frutos brillantes que da en América el encuentro del genio hispano con la nitidez y la disciplina de la cultura francesa (Charles Lesca, París). Viaje a pie es uno de los libros más fuertes, audaces y logrados que se hayan producido en la Colombia del post-centenario (Jaime Barrera Parra). Las mismas revueltas, las mismas exasperaciones de Stendhal, apaciguadas, sin embargo, por la serenidad filosófica: porque Fernando González es ante todo un hombre de contemplación (Les Nouvelles Litteraires, Paris). Obra original y profunda, Viaje a pie es la excursión de un espíritu idealista, enamorado de la libertad, a través de esa maravillosa Colombia donde la naturaleza posee tantos tesoros y donde la raza parece soportar el sello de un misticismo extraño (Chicago, Daily Tribune). Viaje a pie está prohibido bajo pecado mortal porque ataca los fundamentos de la religión y la moral con ideas evolucionistas, hace burla sacrílega de los dogmas de la fe y con sarcasmos volterianos ridiculiza las personas y las cosas santas, trata de asuntos lascivos y está caracterizado por un sensualismo brutal que respiran todas sus páginas (Manuel José Caycedo, Arzobispo de Medellín)" (p.59).

hipótesis es posible que la desobediencia haga parte de ese "hado divino", incluso, hasta los placeres del cuerpo y de la sensualidad, obedecerían a eso que nos excede.

Así es que el santo Fernando[13] prefería el cuerpo de una muchacha que la suscripción al club de la iglesia católica. Pienso que su desavenencia se debía a que cuando miraba el cielo envidiaba la vida de las *nubes* más que la inmortalidad de los ángeles: "si uno viviera como está la nube en el cielo, como una nube de cielo, si uno fuera un ser vivo en la tierra, entonces uno fuera conciencia de inmortalidad, la vida no tiene causas finales, fuera de la vida no hay nada" (Berrío, 1993:42'33'').

Lo inaprensible

González quería vivir como una "nube de cielo", tal vez por eso recorrió El Retiro, La Ceja, El Abejorral, Aguadas, Pácora, Salamina, Aranzazu, Neira, Manizales, Cali y Buenaventura. Durante mucho tiempo caminó incansable —cargado de truenos— por esos nevados que eran "de curvas graciosísimas, semejantes a los senos de la amada". Emprendió su viaje el 21 de diciembre de 1928 y lo terminó el 18 de enero de 1929 y en más de una ocasión se preguntó ¿Qué somos? Recuerdo una de sus respuestas:

> Somos sensibilidad que se perfecciona. El sentido del tacto es todo en nosotros; la masa nerviosa se ramifica, como inmensa raigambre, a través de la carne y termina en la piel (...) Ella es el vestido de tu divino cuerpo, más agradable que el vestido de los lirios, querida lectora (1993:216).

Ahora bien quisiera hacer una aclaración, en este y en otros fragmentos, el erotismo ocupa un lugar importantísimo, incluso llega a angustiarlo la idea de una mujer "constante", la monogamia le parecía "una mesa de dos patas". Sin embargo, sus pensamientos no pueden reducirse a la sentencia trivial

[13] Gonzalo Arango solía escribir acerca de la "santidad" de su maestro, después de la muerte de González en una columna titulada *El brujo de otra parte* (1964), decía: "Yo no quería que se muriera, pues uno es egoísta, y juntos habíamos compartido mucho amor a la vida y a este mundo. Éramos dos poetas muy gozadores y nunca se nos ocurrió morirnos, como no fuera de risa" (p.10). Continúa diciendo: "González era un espíritu metafísico y al mismo tiempo el más identificado con este mundo. Contrario a los estoicos, él no despreciaba la tierra como precio para merecer el cielo. Su misticismo, al contrario, era vital, exultante, de un optimismo fiero y regocijado. Amaba la tierra con frenesí, como si ésta fuera la encarnación material del cielo. Le daba todos los prestigios de algo bello y sagrado. Por eso su obra de escritor es un himno glorificador de todo lo viviente" (p.10).

de que hay que pasar por la vida entregados a una sexualidad mecánica —como lo quisiera el divino marqués—, reflejan un estado de González, para decirlo en el lenguaje que he venido usando, reflejan su manera de caminar, para él la mujer no era un "trofeo", era un "imposible": una nube de cielo inapresable... Pienso que Fernando no deseaba nada que no implicara una batalla, no deseaba a nadie que no le ofreciera una infinita resistencia:

> Ese NO delicioso que pronuncian las mujeres con voz moribunda y que es el más bueno de los síes. ¿Cuál beso digno de este nombre no ha ido acompañado del NO femenino y suplicante? Ese NO le da al amor el aspecto de la batalla y la alegría del triunfo. NO..., y resbalan los labios femeninos contra los del hombre, y éste experimenta la alegría del guerrero que cogió una bandera enemiga. ¡Y en verdad que el hombre fue el vencido! ¡Oh, divino poder del pudor! El pudor da todo su encanto al impudor. (...) Gusta del pecado quien lo aborrece o lo teme. Casi se mueren de delicia Adán y Eva en el Paraíso, pues su terror supremo era la manzana, y comieron de ella... Espectáculo para oídos y ojos divinos aquel Paraíso (...) ¡Qué imprudente! El Diablo, en la forma más insinuante y hermosa, una serpiente, le susurraba al oído, por primera vez en la historia de la tierra, los empalagos y suavidades de Celestina. ¡Espectáculo para ojos y oídos divinos! «No, no...», repetía Eva en el colmo de la felicidad, en un susurro, hasta que acabó de comer la manzana... ¡Feliz tú, señor Diablo, que recibiste en tus oídos de serpiente el primer NO que acompañó al primer pecado de amor! Para Adán y para todos nosotros, pobres herederos, han sido las sobras de la manzana y del NO. (1993:177-178)

Entre los dedos

Para terminar —y para sonar redundante—, hay que insistir en que Fernando González es culpable de una sola cosa: es culpable de caminar, de arremeter con sus pies cansados contra las montañas y valles de la tierra, en Antioquia, Caldas, el Valle del Cauca, quedaron, literalmente, sus huellas. Es culpable de caminar, de enfrentarse a la pesadez terrestre, complejísimo acto éste, y de cuántas implicaciones invisibles. Decía Gonzalo Arango que "el hombre no tiene sino sus dos pies, su corazón, y un camino que no conduce a ninguna parte", yo pienso que González conocía esa verdad, y por eso no era un escritor de lo que está dado, no deseaba —como lo escribió en sus manuscritos— caer en la repetición, no deseaba ser parte del teatro en que "día tras día se representa la misma comedia", incluso, antes de morir seguía caminando: perseguía los misterios que se amontonaban junto a sus

naranjos.[14] ¿Qué significaba caminar para Fernando González? Aferrarse a lo imposible, gritar lo indecible, escalar las montañas indómitas, amar a la mujer inalcanzable, en otras palabras, tratar de atrapar lo que sabía que se le escaparía de entre los dedos...

Referencias

ARANGO, Gonzalo. (1973). Asalto a la inmortalidad. El Tiempo, 28 de enero, p. 5ª. [Columna de opinión *Luz y Ondas*].

_____. (1964). El brujo de otra parte. En: El Espectador, Bogotá, marzo 8, p. 10. [Este artículo fue publicado nuevamente en El Espectador el sábado 24 de marzo de 2007 y el domingo 26 de junio de 2011].

_____. (1966). Fernando González: un profeta del presente. En: Revista Cromos, Bogotá, abril 4, p. 72.

_____. (1967). La filosofía en alpargatas. En: Revista Cromos, Bogotá, octubre 30. No. 2610. pp. 58 - 63. [Este texto fue publicado de nuevo en octubre del 1993 en la revista Reportajes de la editorial de la Universidad de Antioquia. Vol. 2. pp. 145-148].

_____. "Presentación a la segunda edición de *Viaje a pie*". En: González, Fernando. Viaje a pie. Bogotá, Tercer Mundo, septiembre de 1967.

ARBELÁEZ, Jotamario. (2004). El abuelo nadaísta Fernando González. En: El Tiempo, 18 de febrero. [Columna de opinión Contratiempo].

BERRÍO, Juan Carlos; Jaramillo, Jorge E. & Matta Luis Fernando (Dirección). (1993). "La Otraparte de Fernando González" [Documental]. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana. 60 min., son., col. Recuperado de: http://www.otraparte.org/imagen/videos-fg-2.html.

CARRASQUILLA, Tomás. (16 de enero de 1934). "Señor y amigo Fernando González" [Carta para Fernando González]. Copia en posesión del Archivo de la Corporación Fernando González-Otraparte.

DUQUE, Nicolás Alberto. (2012). La Filosofía del Payaso: Incendios Tras El Escenario. Manuscrito inédito.

[14] Marta Traba recuerda, en un texto llamado Ante los papagayos (1989), como González, caminando por el campo, una vez: "Miraba hacia el suelo y empezó a encontrar cáscaras de naranja. «Aquí caminaba uno solo comiendo naranjas», pensó. Pero luego empezó a ver más cáscaras, unas al lado de las otras. «¡Cómo! Entonces eran dos. Los pedacitos de cáscara son parecidos. Uno debió pelarlas para el otro: entonces no debían ser uno y uno, sino uno y una». Y así Fernando González llegó a imaginar los enamorados" (p.5).

ESCOBAR, Eduardo. (2004.) Un escritor imprescindible. En: El Tiempo. Bogotá, 24 de febrero [columna de opinión Contravía].

GONZÁLEZ, Fernando. (1989). El derecho a no obedecer: una tesis. 2a. ed. Medellín: Dirección de Extensión Cultural.

_____. (2005). El payaso interior. Edición y prólogo de Ernesto Ochoa Moreno. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.

_____. (2008). El remordimiento. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.

_____. (1996). Pensamientos de un viejo. 4a. ed. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.

_____. (1993). Viaje a pie. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

GREIFF, León de. (2004). Balada trivial de los 13 Panidas. En: Obra poética. Tomo I. Bogotá: Universidad Nacional, pp. 75.

GOETHE, Johann Wolfgang von. Werther. Navarra: Salvat Editores, 1970.

GUALDRÓN, Yeison. (2012). Fernando González, el existencialista antioqueño que buscaba a Dios. En: El Tiempo, 8 de Abril.

HENAO, Javier. (1988). Fernando González, Filósofo de la autenticidad. Medellin: Universidad de Antioquia.

MONSALVE, Jose. (2006). Un cráneo, un robo y un misterio resuelto. Recuperado de: Semana.com, diciembre 27.

OSPINA, Willam. (2006). Variaciones alrededor de un hombre. En: Boletín Otraparte, 11 de Mayo. N° 46. [Lectura en Otraparte el 4 de mayo de 2006].

RIMBAUD, Arthur. (2003). Una temporada en el infierno. Oliverio Girondo (Trd.). Buenos Aires: Argonauta.

SANÍN CANO, Baldomero. (1930). Viaje a pie de Fernando González. En: El Tiempo. Bogotá, 20 de junio. [Este artículo fue publicado nuevamente en Revista Claridad, en julio del mismo año].

TOBÓN, Gloria (Dirección). (1987). Vida y obra de Fernando González [Documental]. Bogotá: Cosmovisión TV. 1 videocassette (VHS), 27 min., son., col. [Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, presentado en el programa "Los caminos de Antioquia" el sábado 27 de Julio de 1987 para la teleaudiencia nacional].

TRABA, Marta. (1989). Ante los Papagayos. En: Revista El Mundo Semanal, Medellín, 11 de febrero. No. 482, Sección D, p. 5.

El fracaso en *El maestro de escuela*

Jhon-Henry Orozco T.

Fernando González escribió una obra única, el autorretrato de uno que vivenció sus espantos sin impostar y caer en las trampas de la estética y la vanidad.

Eduardo Escobar (2003: 226)

La palabra pensador es sospechosa. Fernando González viene muy al caso. Un pensador suele valerse por sí mismo y merecer, a fuerza de terquedad o de ironía, el calado de aquel título. Pensar en el escritor de *Otraparte* significa ponerse en movimiento: andar, erguirse, observar escenas y derrochar autorreflexión. Sus libros aluden a experiencia caminada, resuenan a trayecto, marcan su propio ritmo, expresan con espontaneidad sus vivencias a través de observaciones concretas de una realidad doble: interior y exterior. Su registro de ideas no es plano, en ellas se manifiestan las dudas y contradicciones que enriquecen al hombre y al pensador.

¡Cuánto valor para recorrer la pesadumbre de rostros y regiones que no se apaciguan! El de Envigado fue un peregrino despreciado –incluso voces supuestamente autorizadas como las de Juan Gustavo Cobo Borda o Nicolás Suescún se inquietan por su misticismo, y parecen dudar del valor de aquel pensador–. Su pecado no fue pensar, su crimen casi imperdonable fue hacerlo desde un matiz personal, asistemático, dubitativo, fragmentado y parcial. Gonzalo Arango

lo definió como *el maestro que le había enseñado la santidad de ser uno mismo y la duda que es vivir*, pero quizá la mejor presentación sea aquella alusión autobiográfica al inicio de *Mi compadre*:

> Me definiré: creo ser detective de la filosofía, de la teología y de la virtud. Mi madre me parió cabezón, pero infiel; Dios me atrae, pero las muchachas no me dejan. Me explicaré: unas diez veces he creído acercarme a la verdad, y las muchachas me han hecho caer. Ocho por ciento tengo, pues, de filósofo. El resto está entregado al mundo y al demonio, pero nunca he dicho una mentira. Resumiendo, diré que soy un hombre, espíritu que desde la carne y por medio de los sentidos atisba con fruiciones a la verdad desnuda. Soy, pues, retratista (González, 1934: 9).

Pensar y retratar contrastan y se entrecruzan. Fernando González ofrece y desnuda su intimidad, gesticula conflictos interiores desde una voz que narra en primera persona; ya Rafael Gutiérrez Girardot había dicho que *Fernando González sólo tenía un punto de referencia, el yo, a cuyo predominio llamó egoencia* (Gutiérrez, 1999: 481). En todo caso lo que hace es ofrecer su experiencia –no la explica–, la dona, entrega su incerteza y sobre todo, su incompletud. Algo queda entonces en manos del lector: la posibilidad de completar esas experiencias en términos de pensamiento. Se acude al pensamiento porque sólo éste es capaz de darle valor a la experiencia.

De los múltiples cuadros retratados por Fernando González propongo merodear uno: el maestro de escuela, don Manjarrés y su experiencia íntima, capaz de ofrecer un asunto filosóficamente relevante: el fracaso.

Lo magistral del fracaso

El fracaso aparece siempre en la vida humana y su experiencia se convierte en motivo de reflexión y escritura para Fernando González. Se nos habla tanto del éxito que aludir al fracaso parece denotar desaliento, catástrofe y dolor, sin embargo, el fracaso es un tema constitutivo, frecuente y connatural a los hombres; un asunto cotidiano que aún no hemos entendido y que podemos pensar y retratar. El 27 de mayo de 1935 un decepcionado Fernando González –que acaba de participar en política– escribe estos fragmentos epistolares a su amigo Estanislao:

> Recibí el escudo de Laureano que me mandaste, y no lo comento porque me derrotaron: ¡no iré al congreso colombiano! Obtuve dos votos en Puerto Berrío, uno en Amalfi y dos en Yarumal. Catorce en Mede-

llín, que son de los candidatos y los familiares. Ninguno en Envigado y en Itagüí [...] Mi reacción ha sido fuerte: reniego del jefe y no intervendré en política [...] Tengo mucha vergüenza [...] Voté, como acto de vicio solitario; voté por mí, y mi padre tuvo que ir hasta la feria de ganado a depositar su voto; hizo un gran sacrificio por su hijo [...] Así transcurre mi vida: viendo ceibas en donde hay arbustos; muchachas en donde hay mujeres; amor en donde hay odio; jefes en donde hay peones y patria en donde hay una colonia azotada. Toda mi obra es sueño; jamás he visto la realidad [...] Reniega de todo, en mi nombre, que esta derrota me ha hecho recuperar la razón, como la agonía a don Quijote... (González, 1972: XLVII).

Sentirse derrotado se cierra en estos fragmentos con una tenue alusión a recuperar la razón. Podemos entonces preguntar ¿interesa pensar el fracaso? El propio brujo de *Otraparte* dirá que *el único compañero del hombre en la tierra es la necesidad, lo demás es opinión* (González, 2012a: 45). Tal parece que fracasar hace parte del orden de lo necesario, o mejor, de una experiencia inevitable,[1] y sin embargo, fracasar no nos hace fracasados. Fernando González conoce de cerca la sentencia de Nietzsche en el acápite del hombre superior: *Y porque fracasasteis en grandes cosas ¿Es ésta una razón para que os sintáis fracasados? Y si habéis fracasado vosotros ¿Es esta una razón para que haya fracasado el hombre? Pero si el hombre ha fracasado, ¡entonces, adelante!* (Nietzsche, 1994: 390). Lo que se suele descubrir con el fracaso no es casi nunca lo que se quiere descubrir, en esto radica su valor.

El cuadro desencantado en *El maestro de escuela* muestra a un hombre incomprendido que busca ser otro. En ese intento fracasa y no puede sino malograrse. El recurso psicológico, anunciado por el escritor, ondula entre el detalle pictórico y la despersonalización funcional, supone además un cruel ejercicio de ascesis: "nuestra intimidad nació en sus días amargos" (González, 2012a: 32). Mientras Manjarrés pierde su antiguo rostro, el narrador abunda en posibilidades descriptivas de aquel retrato emocional, así: en primer lugar, construye cuadros psicológicos que anticipan agonías; luego, enfatiza trazos de intimidad y desnudeces de Manjarrés y de su familia;

[1] Un amigo argentino escribía recientemente en una de sus últimas publicaciones: "La vida fracasa, pero vivimos. El amor fracasa, pero amamos. El sueño fracasa, pero soñamos. El tiempo fracasa, pero duramos. El cuerpo fracasa, pero respiramos. Porque, al fin y al cabo: ¿qué otra cosa podemos hacer sino fracasar una y otra vez?" (Skliar, 2011: 168).

en un tercer momento, narra fragmentos compasivos que detallan por igual, miserias y orgullos; finalmente y en cuarta medida, compone un arte abundante en desdoblamientos y heredero de antiguas urgencias lloradas.[2]

Veamos algunas de estas punzantes descripciones que funcionan como un recurso rico e impreciso por la cantidad de formas en que se disgrega su ejercicio. La mayoría de las veces son usos distintos, aunque conserve la reiteración de un signo aparentemente negativo. Puede ser:

1. La degradación de lo físico que no esconde el juicio moral: *Manjarrés era más bien alto; las piernas muy largas y flacas. Pero se le veía que había nacido para gordo: era un enflaquecido, flacura de maestro de escuela; no era esa su condición natural, sino que la padecía* (González, 2012a: 21-22).

2. La devaluación social de un oficio: *Mientras discurría, abría y cerraba su navaja de bolsillo, muy comida y limpia por sobijos y amoladuras; también sacaba de los bolsillo pedazos de tiza; estos y tiznajos son la única abundancia en casa del maestro* (González, 2012a: 22).

3. La versión disminuida del personaje: *Hombre tímido en extremo, tipo del solitario por impotencia* (González, 2012a: 25).

4. La auto-ironía de comprender su escaso reconocimiento: *Coronó estas prácticas con un sistema de desdoblamiento que le perdió para las artes del tintero y le arrojó a las de la tiza y el hambre* (González, 2012a: 28).

5. La disolución involuntaria del yo: *En mi encuentro con Manjarrés y su familia me hallé precisamente ante la tragedia del proletario intelectual que va perdiendo la seguridad de su yo. Como veremos Manjarrés terminó por aceptar que "él tenía la culpa", último grado en la disolución* (González, 2012a: 38).

6. La dureza del castigo interior: *Periódicamente adopta resoluciones crueles para consigo: dejar hábitos. La finalidad inconsciente es el sentirse, y, por eso, apenas cesa el dolor de la amputación, vuelve al hábito* (González, 2012a: 40-41).

[2] Alusión a la Crónica del desarraigo de Alberto Martínez Boom, Carlos Ernesto Noguera y Jorge Orlando Castro, libro que narra las urgencias lloradas de uno de los primeros maestros públicos en Colombia, don Agustín Joseph de Torres.

7. Una mirada que produce menosprecio: *Entre el mundo y sus miradas se interponía el cáncer del alma, en forma de ese complejo infernal que es hijo del capitalismo y que se llama maestro de escuela.* (González, 2012a: 42).

8. La propia confesión de las derrotas: T*odo es bello, aun lo que llaman desgracias. Continúa el ansia de confesarme pero no he vuelto a buscar a quien dejarle a los pies mi bulto de miserias* (González, 2012a: 74).

Notamos un arsenal descriptivo de nulidades, fracasos y dolores de maestro de escuela. El libro de Fernando González–esculcado y heredado del bolsillo de un muerto– no podría cerrarse de otra manera, se pregunta una y otra vez por esa forma de la muerte que atraviesa los rostros de los hombres incomprendidos.

En *Viaje a pie* la opción era menos escéptica: "hay que curar al fracasado haciéndole creer en sus fuerzas, en su importancia. Los educadores (y todos los somos, ya del niño, ya del amigo enfermo, ya del prójimo decaído) deben hacer nacer o renacer la fe en las fuerzas propias" (González, 2012b: 45). Doce años después la palabra ha cambiado. La advertencia nominal con la que se inicia y cierra esta obra plantea la descomposición del yo, pero también, una suerte de identificación entre Manjarrés con Fernando González[3], relación que se reconoce en el momento de la tragedia: *tengo la sensación nauseabunda de que el cadáver de Manjarrés era de los dos* (González, 2012a: 16), unificación que contiene sentimientos elevados: *así es como la vida va adobando el juicio de los jóvenes. ¡Putísima es la vida!* (González, 2012a: 96).

Estudiar al maestro de escuela concuerda con la anomalía. Sus gestos modulan lo ajeno pero también lo ridículo. La obra que constituye su vida es, y por mucho, una cabal imperfección: *decir lo que sentía y pensaba fue la inmunda práctica de Manjarrés. Eso lleva al nudismo y al vivir a la enemiga* (González, 2012a: 91). Ha fracasado en casi todo lo que se juzgaba importante, su vida interior contiene todas las marcas de semejante pobreza –*adiviné las agonías que son mi ambiente*–, incluso es capaz de ser pobre. Como sucede muchas veces con los temas trágicos, derrota y triunfo concuerdan: para quien ose fracasar, de ello no sacará nada, salvo quizá la

[3] Alusión a: "Uno pone a los muertos su propio rostro. Ellos son nuestros autorretratos" (Escobar, 1980: 7).

búsqueda denodada de un nuevo fracaso, nuestro mayor respeto, nuestra mayor admiración.

Retrato psicológico del fracasado

Si el fracaso conmueve, si el fracaso incita a la reflexión detengámonos –someramente– en la cuestión de su circunstancia. Como categoría el fracaso interroga por la rareza de sus procedimientos. Fernando González había confesado en un trabajo anterior el carácter emotivo de su ejercicio: *el método será el emocional* (González, 1934: 9), de ahí el carácter de retrato que prevalece en *El maestro de escuela*.

Ahora bien, de un retrato emocional no podemos deducir ni una teorización del fracaso ni cualquier otra forma sistémica. A lo sumo una escritura que se concentre en la perspectiva del narrador: quién es, qué sabe, cómo habla, y ese juego emotivo que lo lleva a doblarse en el personaje: *Es axiomático que el autor y el lector nos sintamos "grandes hombres incomprendidos" andamos diciendo que los funcionarios públicos no sirven y que triunfan los intrigantes. Si no lo sintiéramos, sentiríamos que somos nulidades* (González, 2012a: 23). En lugar de contar una historia, el retrato narrado coincide con el protagonista, su escasez de fuerza, sus contradicciones; se sabe parcial, inacabado y falible.

Hasta aquí hemos arañado con el retrato descriptivo la superficie de algo que habla sin censura, *se me permitirá seguir el aparente desorden con que fui adquiriendo el conocimiento de este hombre detestable, pero digno de compasión* (González, 2012a: 24). Sentimiento que impone los pasos de una medianía acotada, en algunos casos antagónica, pero siempre construida de fragmentos.

Hemos visto con Fernando González que el maestro siempre es falible. Manjarrés, ese hombre urgido de compasión enseña una vieja lección: lo mucho que cuesta comprender y valorar justamente a un maestro. Mucho más cuando fracasa y tan estrepitosamente. Pero no subestimemos el fracaso, encarna también un alto valor afirmativo.[4]

[4] Aludo aquí al juicio que hace Eduardo Escobar sobre el brujo de Otraparte: "Pero todos los textos de Fernando González [...] tienen la grandeza del arte sólo por añadidura. Son el testimonio de una agonía" (Escobar, 2003: 226).

No se trata en esta narración de indicar que se fracasa en cualquier cosa, no vale igual fracasar en el amor que en una prueba ortográfica. Existe algo más profundo en el cuadro de la derrota, en *El payaso interior* se enuncia categóricamente: *el escepticismo quita al hombre el orgullo* (González, 2008: 37), en el caso de Manjarrés lo somete a la pérdida progresiva de la autoestima: *creyó haber hallado el secreto divino que le permitiría rehacerse, dirigirse, ser el amado y honrado por todos, el triunfante* (González, 2012a: 29). El retrato que aquí se nos ofrece es también una contraposición de voces entre el deseo y la realidad. Unos fragmentos psicológicos que van de aquí a otra parte y que siempre podemos volver a releer y pensar. Después de todo, el fracaso no nos hace fracasados.

Bibliografía

Escobar, Eduardo. (2003) *Prosa incompleta*. Bogotá: Villegas Editores.

Escobar, Eduardo. (1980) "Introducción". En: Gonzalo Arango. *Correspondencia violada*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, Gobernación de Antioquia y Universidad de Antioquia.

González, Fernando. (2012a) [1941]. *El maestro de escuela*. Medellín: Eafit y Otraparte.

González, Fernando. (2012b) [1929]. *Viaje a pie*. Medellín: Eafit y Otraparte.

González, Fernando. (2008) [1916]. *El payaso interior*. Medellín: Eafit.

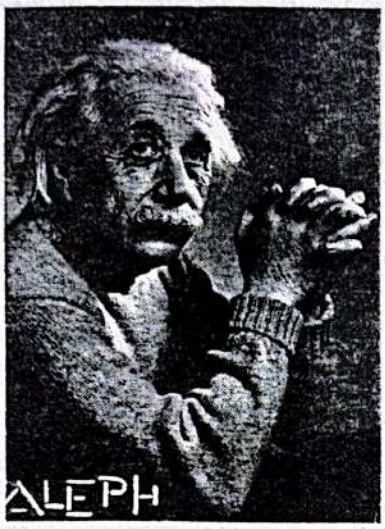
González, Fernando. (1972) [1935]. *Cartas a Estanislao*. Medellín: Bedout.

González, Fernando. (1934). *Mi compadre*. Medellín: Bedout.

Gutiérrez Girardot, Rafael. (1999). "La literatura colombiana en el siglo XX". En: *Manual de historia de Colombia*, tomo III. Bogotá: Ministerio de Cultura y Tercer Mundo Editores.

Nietzsche, Friedrich. (1994). *Así habló Zaratustra*. Madrid: Alianza.

Skliar, Carlos. (2011). Los dicho, lo escrito, lo ignorado. *Ensayos mínimos entre lo educativo, lo filosófico y lo literario*. Buenos Aires: Miño y Dávila.



Carátula, revista Aleph No. 1 (1966)

Notas

Un escritor imprescindible (por: Eduardo Escobar). Hace cuarenta años murió en Otraparte, su casa en las afueras del Envigado de entonces, mucho más inocente, un escritor increíble. Como no se ven todos los días en el coro de sapos de los escritores. Radicalmente distinguido por la adulación, el reconcomio y el desprecio. Para que no falten honras. Ni le quede dónde meterse. La coherencia, es decir, el día cuando se juntan una persona y una obra, suscita sentimientos encontrados.

Conocí otras dos personas transparentes, comprometidas consigo mismas, iguales a sí mismas, que padecen de la misma manera esa forma de la gloria que es la ignominia de pertenecer a todo el mundo. Y seguir siendo desconocidos. Incógnitos Aparte. El poeta Gonzalo Arango. Y el pintor Norman Mejía.

Es difícil coincidir con lo que hacemos. Reflejar la realidad interior sin decir mentiras, aunque sean pequeñas y doradas, por amor a los lazos de sangre, a las trampas de la estética, a los hechizos del espacio, los ensueños del tiempo y los tiempos del ritmo, al engaño deleznable de las formas, al oportunismo de sobrevivir. O por urgencia de algún consuelo mercenario.

Fernando González es autor de una veintena de libros. Que se vuelven entrañables al frecuentarlos. Narrados en una prosa de una sencillez traslúci-

da, de aurora, cuando celebra la fiesta de este mundo, o cuando amarga el pesimismo o ironiza con la rectitud implacable de la lezna. En equilibrio sabio, sapiente y sápido, entre el lenguaje literario y el habla de la gente sin atributos de la parroquia natal. Y aunque suene anacrónico: nutricia. La de las primeras impresiones. La escritura brota como la goma del pino herido. Sin esfuerzo, ufanía, ni falsa modestia.

Las biografías de Santander, Bolívar y Juan Vicente Gómez, las noveletas; los ensayos sobre la realidad americana, los libros insólitos de viajes, conforman un soberbio autorretrato en cuerpo y alma. Que obliga a pensar en otro autorretrato inolvidable. El de los Ensayos de Montaigne. Todo está allí. Las jaquecas, las dificultades intestinales, los amores de la gata doméstica, las pequeñas batallas con la mujer, la perplejidad y los tormentos del espíritu buscador, el asco, porque desde el principio, como dijo, juró enemistad a sus compatriotas nacidos y criados en ambientes de liberalismo y conservatismo —y la esperanza en una América original y mestiza y en un Dios que se esconde y se manifiesta por atisbos—. Pero sobre todo, sus libros son la descripción de un método, emocional lo llamó, que conduce al aislamiento. A Otraparte, a otra parte, como si hubieran sido un adiestramiento para la soledad.

Son un testimonio existencial de inmensa singularidad. Donde el cristianismo deja de ser por primera vez en América sincretismo hueco, ritual perezoso, alharaca pesarosa de sepulcros blanqueados, cantar de monjas, para convertirse en experiencia interior, en conocimiento y camino hacia la desnudez. Y donde la literatura, en consecuencia, más allá del simple ejercicio vanidoso de estilo se hace labor sagrada. Soy el filósofo de la autenticidad. Dijo de sí mismo. La autenticidad. Que tanta falta hace en Colombia desde que la fundaron a florerazos y cómicos heroísmos de patanes.

Es extraño que este hombre excepcional, cuyo primer libro escrito en la flor de la juventud, tan confiada en el genio de la carne, se llama Pensamientos de un viejo, y cuyo libro póstumo es el oscuro canto de unas manos y una alabanza de la juventud; que sirve para todo, a todos, a todas las causas y contracausas (es un escritor místico para los beatos de camándula, un aguerrido librepensador de revoltosos, un idealista descalificado por los materialistas dialécticos, un panfletista ilegible para los sacristanes, un filósofo sin sistema a la manera de Nietzsche, un no-filósofo para los académicos, un crítico social irreductible, un educador revolucionario, un fascista, el más grande de los escritores colombianos para unos y un loquito de aldea para otros), no

sea un autor popular. Y que acabara convertido en lo que llaman hoy un escritor de culto. Pero es lo que sucede, por lo demás, con todos los escritores imprescindibles. Esenciales. (Ref.: "El Tiempo", Bogotá, 24 de febrero de 2004; columna de opinión *Contravía*)

Patronato histórico de la Revista. Alfonso Carvajal-Escobar (א), Marta Traba (א), Bernardo Trejos-Arcila, Jorge Ramírez-Giraldo (א), Luciano Mora-Osejo, Valentina Marulanda (א), José-Fernando Isaza D., Rubén Sierra-Mejía, Jesús Mejía-Ossa, Guillermo Botero-Gutiérrez (א), Mirta Negreira-Lucas (א), Bernardo Ramírez (א), Livia González, Matilde Espinosa (א), Maruja Vieira, Hugo Marulanda-López (א), Antonio Gallego-Uribe (א), Santiago Moreno G., Eduardo López-Villegas, León Duque-Orrego, Pilar González-Gómez, Graciela Maturo, Rodrigo Ramírez-Cardona (א), Norma Velásquez-Garcés, Luis-Eduardo Mora O. (א), Carmenza Isaza D., Antanas Mockus S., Guillermo Páramo-Rocha, Carlos Gaviria-Díaz, Humberto Mora O., Adela Londoño-Carvajal, Fernando Mejía-Fernández, Álvaro Gutiérrez A., Juan-Luis Mejía A., Marta-Elena Bravo de H., Ninfa Muñoz R., Amanda García M., Martha-Lucía Londoño de Maldonado, Jorge-Eduardo Salazar T., Ángela-María Botero, Jaime Pinzón A., Luz-Marina Amézquita, Guillermo Rendón G., Anielka Gelemur, Mario Spaggiari-Jaramillo (א), Jorge-Eduardo Hurtado G., Heriberto Santacruz-Ibarra, Mónica Jaramillo, Fabio Rincón C., Gonzalo Duque-Escobar, Alberto Marulanda L., Daniel-Alberto Arias T., José-Oscar Jaramillo J., Jorge Maldonado (א), Maria-Leonor Villada S., Maria-Elena Villegas L., Constanza Montoya R., Elsie Duque de Ramírez, Rafael Zambrano, José-Gregorio Rodríguez, Martha-Helena Barco V., Jesús Gómez L., Pedro Zapata, Ángela García M., David Puerta Z., Ignacio Ramírez (א), Jorge Consuegra-Afanador, Consuelo Triviño-Anzola, Alba-Inés Arias F., Lino Jaramillo O., Alejandro Dávila A.

Colaboradores

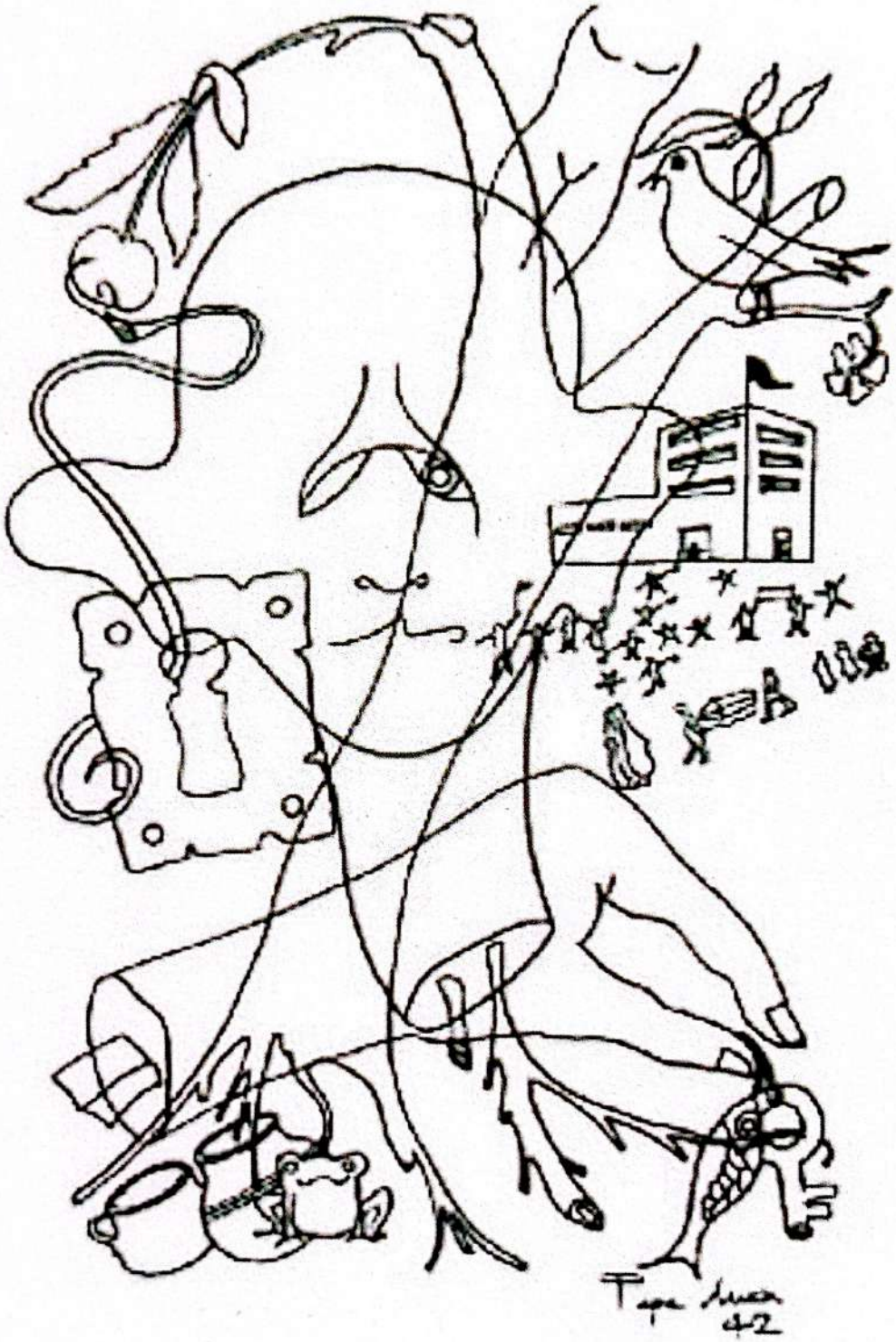
Daniel Gómez-Henao. Maestro en Artes Plásticas de la Universidad Nacional de Colombia y ha sido docente universitario en el área de la ilustración. En 2011 trabajó con el Ministerio de Cultura en el Seminario de Ilustración Infantil que se realizó en la ciudad de Medellín e ilustró el libro Leer es mi cuento. Trabajó el mismo año como asistente del artista alemán Thomas Kilpper en la Bienal de Arte de la ciudad de Medellín, y en mayo de 2012 asistió como ilustrador representante de Colombia al Berliner Bücher Inseln en Alemania, importante evento de literatura infantil donde se expuso y reconoció su obra. Recientemente ilustró para Tragaluz Editores Poemas Ilustrados de Juan-Felipe Robledo y El libro de los ojos de Ricardo Silva-Romero.

María-Dolores Jaramillo. Profesora Titular de la Universidad Nacional de Colombia, en el área de Literatura. Autora de los libros "José-Asunción Silva, poeta y lector moderno" (2001) y "Cioran: creencias y esperanzas de un escéptico" (2002). Esta edición la tuvo como "Editora".

Eduardo Escobar. Poeta y ensayista, supérstite de la generación del Nadaísmo, columnista del diario "El Tiempo" (que le valió el Premio Simón Bolívar en el 2000 como la mejor columna de opinión), publica ensayos y artículos en diferentes medios ("Revista Universidad de Antioquia", etc.). Autor de los siguientes libros: "Invención de la uva" (1966), "Monólogo de Noé" (1967), "Segunda persona" (1969), "Del embrión a la embriaguez" (1969), "Cuac" (1970), "Buenos días, noche" (1973), "Confesión mínima –antología-" (1975), "Cantar sin motivo" (1976), "Antología poética" (1978), "Correspondencia violada" (1980), "Escribano del agua" (1986), "Vámonos de fracasos por el aire desnudo –poema bolivariano-" (1987), "Gonzalo Arango. Ensayo biobibliográfico" (1989), "Nadaísmo crónico y demás epidemias" (1993), "Antología de la poesía nadaísta" (1993), "Manifiestos del Nadaísmo" (1993), "Cucarachas en la cabeza" (1993), "Las rosas de Damasco" (2001), "Ensayos e intentos" (2001), "Fuga canónica" (2002), "Prosa incompleta" (2003), "Poemas ilustrados" (2007), "Cuando nada concuerda"(2013).

Luis-Javier Villegas B. Profesor de filosofía, lenguas clásicas e historia universal en las Universidades Bolivariana, Tolima y Nacional, sede Medellín. Ha sido directivo universitario. Ganador de concurso sobre Fernando González. Autor de "Aspectos de la Educación en Antioquia, durante el gobierno de Pedro Justo Berrío, 1864-1873", entre otras obras suyas.

Nicolás A. Duque B., Pedro-Antonio Rojas V. y Jhon-Henry Orozco T. Jóvenes egresados de la Escuela de Filosofía de la Universidad de Caldas (Manizales), aplicados en actividades investigativas y docentes.



Retrato de Fernando González por Pepe Mexía (1942)

No. 166 Contenido

Monográfico dedicado a la obra de Fernando González

Carta inédita de Fernando González dirigida a Carlos-Mario Londoño (1955)/ **1**

Presentación /*María-Dolores Jaramillo*/ **2**

Fernando González, un pensador en contravía /*Luis-Javier Villegas B.*/ **4**

Viaje a pie de Fernando González /*Baldomero Sanín-Cano*/ **9**

Eduardo Escobar habla sobre Fernando González /*María-Dolores Jaramillo*/ **15**

Fernando González /*Gonzalo Arango*/ **34**

Fernando González y la tradición antifilosófica /*Nicolás A. Duque B.*/ **37**

Fernando González y su Viaje a pie /*Pedro-Antonio Rojas V.*/ **57**

El fracaso de El maestro de escuela /*Jhon-Henry Orozco T.*/ **74**

NOTAS
/Fernando González, un escritor imprescindible (por: *Eduardo Escobar*)/
/Patronato histórico de la Revista/ **81**

Colaboradores **84**